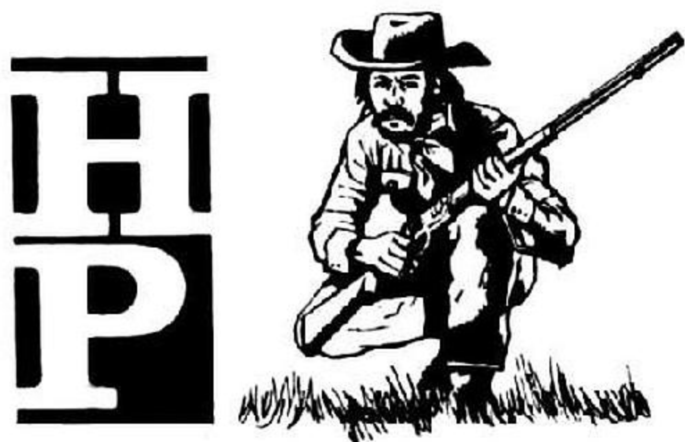


Silver KANE

EL VENGADOR DE NEBRASKA



HEROES DE LA PRADERA





Silver Kane

EL VENGADOR DE NEBRASKA

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 537
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B 4952-1980

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: abril, 1980

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

La diligencia traqueteaba por el camino pedregoso haciendo que los pasajeros bailotearan en su interior. Pero todos debían estar acostumbrados, porque ninguno de ellos se quejaba. Eran seis: cuatro hombres y dos mujeres.

Las dos mujeres debían ser bailarinas que tenían un contrato en Omaha, la capital de Nebraska. No lo habían dicho, pero eso se notaba. Sus gestos desenvueltos, su diálogo más bien atrevido, y, sobre todo, sus ropas que se les ajustaban al cuerpo como una segunda piel, eran bien elocuentes.

Todos los hombres habían estado pendientes de aquellas dos bailarinas, de su modo de cruzar las piernas y de sus escotes, que a veces exhibían generosamente. Es decir, todos los hombres habían estado pendientes de eso, menos uno.

El que no había mirado a las dos bailarinas ni una sola vez era realmente un tipo extraño.

Debía tener unos veinticinco años. Iba bien vestido, pero sin exageración. Llevaba un buen revólver, un «Colt» Frontier. No había dicho apenas una palabra en todo el largo trayecto.

La diligencia estaba a punto de llegar a Tekamah. Había dejado a la izquierda el amplio curso del Missouri, que bajaba muy crecido en aquella época. Hacía frío. En la otra parte del río hacia Missouri Valley, se veían algunas colinas con unos débiles rastros de nieve.

El camino era cada vez peor, pero se arreglaría antes de llegar a Tekamah. El mayoral hizo que los caballos disminuyeran el ritmo de su marcha.

Al fin los detuvo completamente y se apeó. Su rostro colorado a causa del viento frío apareció en la ventanilla.

—Eh, usted…

Se dirigía al hombre que apenas había hablado en todo el camino. Las facciones de éste esbozaron un gesto de atención. Eran unas facciones duras, recias, que parecían talladas en un bloque de piedra.

—¿Llegamos a Tekamah?

—Nos falta una milla.

—Bien.

El mayoral hizo un gesto de duda.

—Oiga, amigo… ¿Insiste en que nos detengamos allí? No tenemos parada reglamentaria.

—Se lo ruego. Van a ser sólo cinco minutos.

—De acuerdo, pero es que…

—¿Cree que van a enfadarse los jefes de la Compañía?

—Pudiera ser.

El joven extrajo un billete de cinco dólares y lo tendió doblado al mayoral.

—Los jefes de la Compañía no se enterarán —dijo sonriendo.

—No. Yo cada vez estoy más convencido de que no.

Y el mayoral se embolsó el billete. Un momento después subía al pescante y hacía chascar el látigo sobre la cabeza de los caballos.

—¡Hala, batracios! ¡Sois más duros de mollera que mi mujer! ¡En Tekamah tendréis un descanso extra!

La diligencia prosiguió su camino con rapidez y pronto los traqueteos cesaron. Entraron en una ruta mejor, lo cual indicaba la cercanía de una ciudad. Los rostros de los cinco pasajeros estaban ahora pendientes del sexto, del que había pedido detenerse cinco minutos en Tekamah.

Nadie se atrevía a hacerle preguntas, en vista de que él seguía mirando indiferente por la ventanilla. Al fin fue una de las bailarinas quien dijo:

—¿Por qué quiere detenerse allí?

Él desvió la mirada. La posó primero en la rodilla de la mujer, que ella exhibía despreocupadamente. Luego ascendió hasta el rostro, quizá un poco ajado por el exceso de cosméticos, pero que había sido hermoso y seguía siéndolo.

—He de hacer un trabajo.

—¿Y va a hacerlo en cinco minutos?

—Quizá menos.

—¿Qué clase de trabajo? ¿Va a besar a una mujer? Es de las pocas cosas que sé que se hacen en tan poco tiempo.

—No, no voy a besar a ninguna mujer.

—Lástima.

Y añadió suavemente:

—Pero si se decide, ya sabe…

Él sonrió por primera vez. Tenía unos dientes sanos, fuertes y blancos. Su sonrisa era la de un animal joven; daba sensación de salud y al mismo tiempo —no se sabía muy bien por qué—, de peligro.

—Gracias —dijo—. Lo tendré en cuenta.

—¿Cómo se llama?

—Barness.

—Encantada de conocerle, Barness. Es curioso… En todo el viaje no había oído su voz.

—Soy un hombre de pocas palabras.

—¿Y de hechos?

Él volvió a sonreír.

—Eso, amigo, es una incógnita.

En aquel momento llegaban ya a las primeras casas de Tekamah. Eran unas casas de troncos, algo húmedas, más bien bajas. En todos los detalles se apreciaba la proximidad del río. El suelo estaba ligeramente embarrado y las ruedas de la diligencia se hundían en él.

La diligencia se detuvo aproximadamente en el centro de la calle principal, frente a la zona en que estaban situados el hotel y el mejor *saloon*. Unos cuantos curiosos haraganeaban por allí. Alzaron la cabeza sorprendidos, al ver que se detenía la diligencia, que normalmente no paraba allí.

El mayoral frenó.

—¡Eh, amigo!

Barness no necesitaba que le avisaran. Había descendido ya. Miró en torno suyo.

Consultó un reloj de oro que sacó de uno de sus bolsillos. Hizo un gesto de aprobación.

—Es la hora casi exacta —dijo para sí mismo.

Estaba en el centro de la calle principal. Sus botas se habían asentado firmemente en el barro. Miró a un lado y a otro, como si

buscara a alguien.

Una figura se despegó de entre el grupo de curiosos que haraganeaban en el porche.

Era la figura de un hombre alto, tan alto como Barness, y que vestía ropas de vaquero, llevando sobre la camisa una chaqueta de piel. Lucía un revólver, que descansaba muy bajo sobre su muslo derecho, casi tocando la rodilla.

Aquel hombre guardó el reloj, que acababa de consultar también.

—Es la hora casi exacta —murmuró—. Bienvenido, Barness. Creí que no te atreverías.

—No me das tanto miedo.

—Lo celebro. Me gustará que mueras con el ánimo tranquilo.

—Inténtalo…

Los dos hombres estaban a unos doce pasos. Se miraban fijamente a los ojos.

Todo el mundo se había apartado. No era difícil comprender que aquella cita de los dos hombres era en realidad una cita con la muerte.

En la diligencia todo el mundo había contenido la respiración.

Las dos mujeres, sobre todo, tenían los ojos desorbitados. El mayoral se había llevado la mano a la boca.

—Cuando quieras…

—Perfecto, Barness… ¡Vamos allá!

Los dos hombres se movieron. Hicieron un gesto casi exacto. Daba la sensación de que habían aprendido a tirar con el mismo maestro.

Barness, sin embargo, simplificó las cosas. No llegó a sacar el revólver, sino que tiró a través de la funda. Su disparo fue una décima de segundo más rápido.

Su enemigo se encogió. La bala le había alcanzado en el pecho. Hizo un terrible esfuerzo y logró disparar aún antes de caer. Su bala se perdió en el aire.

Barness hizo una leve mueca. No podía decirse que fuera una mueca alegre. Diríase que aquello no le gustaba, pero que no había tenido más remedio que enfrentarse con su destino. Contempló la caída de su adversario, que aún hizo un terrible esfuerzo para disparar otra vez.

Ya no pudo.

Cayó pesadamente y hundió su rostro en el barro. Allí quedó inmóvil, con las manos extrañamente crispadas a la espalda.

Barness guardó el revólver. El silencio en la calle era total. Todo el mundo le miraba sin hacer un gesto, como en un caso de hipnosis colectiva.

—Ha sido un duelo legal —dijo Barness en voz alta, para que le oyeran a ambos lados de la calle—. Me parece que todo el mundo lo ha visto.

Volvió a la diligencia y ocupó el lugar que había sido el suyo hasta unos minutos antes.

Extrajo el reloj de oro y lo consultó. Hizo también, un gesto de aprobación.

—No me he entretenido demasiado —susurró—. Bueno, creo que podemos seguir…

El mayoral aulló:

—¡Cuánto antes nos larguemos de aquí, mejor! ¡Adelante! ¡Hacia Omaha, demonios!

La diligencia traqueteó al arrancar bruscamente. Todos los viajeros tenían los ojos clavados en el rostro inescrutable de Barness.

—Oiga, amigo —murmuró uno de ellos—. ¿Sigue hasta Omaha?

—Sí.

—¿Y qué va a hacer allí? No pensará matar a nadie más, ¿verdad?

Barness dijo suavemente:

—Quizá me mate yo.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir?

—Pues, sencillamente: que voy a Omaha para casarme…

CAPÍTULO II

Omaha siempre ha tenido una posición privilegiada, gracias al Missouri. Su intenso tráfico fluvial hace que tenga un cierto parecido con la ciudad de San Luis sobre el río Mississippi. Es hoy y era entonces una ciudad rica, pero peligrosa.

La diligencia llegó a ella a la hora marcada. Las pequeñas paradas no habían influido para nada en la regularidad de la marcha. Fue deteniéndose poco a poco, acercándose al mejor hotel que había en aquella época. Se trataba del Prince, un nombre Pomposo que correspondía a la pomposidad y lujo del establecimiento.

El mayoral suspiró.

—Diablos, ya tenía ganas de terminar este viaje… Nunca había llevado un tipo como éste.

Enseguida gritó:

—¡Finaaal de ruuuta!…

Las puertas se abrieron. Los viajeros empezaron a descender, estirando sus cansados miembros.

El último en hacerlo fue Barness. Se hizo cargo de su maleta y entró en el hotel.

Las dos bailarinas se habían dirigido al *saloon*, donde sin duda tenían su alojamiento. Los demás iban, más o menos, en compañía de Barness, mirándole con curiosidad.

Barness preguntó al encargado si habían recibido su telegrama.

—Sí, desde luego… Lo recibimos ayer. Sabíamos que usted llegaría y le hemos reservado la habitación que pidió. Es la diez.

—Gracias.

Subió al primer piso, donde estaba la habitación indicada. Deshizo la maleta y sacó ropa limpia. Luego se quedó en mangas de

camisa y se examinó al espejo con mirada crítica.

Como el tiempo era fresco, no había sudado nada e iba muy limpio. Sólo le faltaba afeitarse, cosa que hizo a continuación.

Una hora después, perfectamente arreglado y con ropas nuevas, salía a la calle. Llevaba, como antes, el «Colt» Frontier, en el que había repuesto la bala que gastó en el desafío de Tekamah.

En Omaha las casas elegantes estaban hacia el centro de la calle principal. Barness se dirigió a una de ellas.

Era un edificio sólido y nuevo, que hablaba de prosperidad y riqueza. Barness hizo sonar la campanilla de la puerta.

Un sirviente negro le abrió. Mostró, al verle, su sana y brillante dentadura.

—¡Señor Barness! ¡Cuánto celebro verle!

—Hola, Sam. ¿Llego con retraso?

—No, no… Usted siempre es puntual, señor Barness. ¿Ha tenido buen viaje?

—¡Pché…!

—Hace frío. Dicen que ha nevado al otro lado del Missouri. No es frecuente en esta estación, ¿eh?

—No, desde luego que no.

Sam, el criado, recogió su sombrero y le invitó a entrar. El interior de la casa era acogedor y elegante. En el hogar crepitaban alegremente unos leños.

Barness pareció respirar con complacencia aquel aire de intimidad, después del pesado viaje que había hecho desde Sioux Falls, en el territorio de Dakota.

Pasó a una sala contigua. Allí, sentada en una butaca, estaba una mujer que bordaba algo. Ella se puso presurosamente en pie al oír sus pisadas.

—¡Robert!

Robert Barness avanzó hacia ella y los dos se unieron en un abrazo. La muchacha temblaba junto a su pecho. Tenía veinte años y era más bien frágil y suave. Las ropas que llevaba eran elegantes, caras y bien confeccionadas. Se notaba, sólo al verla, que era hija de buena familia, perfectamente educada, bien cuidada y mejor vestida. Eso no resultaba extraño, teniendo en cuenta que Linda era hija de Baxter, el banquero más importante de la ciudad. Lo cual no era poca cosa, porque en Omaha había tres.

Ella alzó la cabeza hacia el hombre. Era alta, pero la excepcional estatura de Barness hacía que la boca femenina llegara sólo hasta sus hombros.

—Te esperaba, Robert. Estaba impaciente. Creí que no ibas a llegar.

—Pues he sido muy puntual.

—Los minutos se me hacían siglos.

—Ahora ya estoy aquí, Linda. Y ya no me iré de la ciudad hasta que salga contigo para el viaje de luna de miel.

—He soñado con esas palabras, Robert.

Y alzando un poco más la cara, susurró:

—¿No me besas?

Él la besó. Sus bocas se unieron fuertemente. Aquel beso fue de los que empiezan y nunca se sabe cuándo van a terminar.

Pero en esta ocasión terminó pronto. Porque en una de las puertas laterales que daban a la sala, se oyó un leve carraspeó.

—Veo que no tenéis espera, tortolitos… Debéis ser muy felices los dos.

Ambos se separaron y miraron hacia aquella puerta. Linda hizo un gesto de contenida indignación.

—¡Lorna! ¿Qué haces aquí?

—Ya ves… Una no puede andar ni por su propia casa. ¡Se lleva cada sorpresa!

Barness también hizo un leve gesto de contrariedad, porque no le gustaba que le sorprendieran en situaciones como aquélla. Pero dijo suavemente:

—Perdóname, Lorna. Lo siento.

—¿Perdonarte? ¿Por qué? No tiene nada de especial. Al fin y al cabo, vais a casaros dentro de pocos días y además hace meses que no os habíais visto. No os molesto más.

Fue a alejarse, pero Barness lo impidió.

—Por favor, quédate. Las ceremonias de bienvenida ya han terminado.

—De acuerdo. Si no molesto… Ya sé lo que haré. Te prepararé una bebida que sea estimulante.

—No la necesito.

—¿Cómo no vas a necesitarla? Debes estar mareado después del beso de Linda…

La aludida apretó los puños. Dijo secamente:

—¡Basta ya! ¡Deberías haberte marchado cien veces, Lorna!

—No te preocupes, lo haré enseguida. Apenas prepare el combinado para Robert.

—Preparar bebidas es lo único que sabes hacer.

—Te equivocas; sé hacer otras cosas.

Y sonrió significativamente. Pero Linda hizo un gesto áspero, volviéndole la espalda.

Mientras Lorna tomaba una de las botellas y vasos que había sobre un mueble, en una bandeja de plata, Robert Barness la miró con disimulada curiosidad.

No le resultaba simpática Lorna. Nunca se lo había resultado.

Lorna era procaz, atrevida, incitante.

Lo más que hacía era tolerarla por ser hermana de Linda. Pero muchas veces se había preguntado cómo era posible que hubiese dos hermanas tan distintas en el mundo.

Linda era más bien frágil, dulce, hogareña. Lorna, en cambio, parecía haber nacido para actuar en un *saloon*. Llevaba siempre vestidos que se ajustaban a sus esculturales formas. Tenía unas curvas jóvenes y poderosas que quitaban el sueño a los hombres. Y no le importaba jamás que su falda, al sentarse, se subiera un poquitín más de lo que entre muchachas honradas era corriente.

Sus labios eran rojos y sensuales. Sus cabellos, según cómo recibían la luz, adquirían una extraña tonalidad rojiza, como si fueran de fuego.

Mientras combinaba en el vaso el líquido de tres botellas distintas, no miró a nadie. Luego se dirigió a Barness.

Captó la mirada del hombre posada en su cuerpo. Las mujeres notan instantáneamente esas cosas. Y sonrió.

—¿Me mirabas?

—Es que llevas un vestido muy… especial.

—¿Te gusta?

Barness vaciló unos momentos, no sabiendo qué contestar. Era difícil tener las respuestas a punto para una mujer como Lorna, que siempre desconcertaba. Fue Linda la que dijo secamente:

—Ni le gusta ni deja de gustarle. Simplemente, ocurre que es un vestido indecoroso. No deberías llevarlo.

—¿Ni dentro de casa?

—Tu propia casa es el lugar que debería merecerte más respeto.

La tensión que podía haberse producido en aquel momento, fue rota por la presencia del padre de las dos muchachas, el banquero Baxter. Era un individuo grueso, despreocupado y jovial, que vestía con empaque, como correspondía a su profesión. Hizo un gesto de alegría al ver allí a Barness.

—¡Muchacho! ¿Cuándo has llegado?

—Estoy aquí desde hace cinco minutos.

—Tenían que haberme avisado enseguida No sabes las ganas que tenía de verte.

—No se preocupe. Sus hijas ya me hacen los honores de la casa. Precisamente Lorna me preparaba un combinado de los que son su especialidad.

—Sí… Lorna sabe preparar combinados muy bien. Entiende mucho de bebidas… —una leve ironía parecía flotar en la voz del banquero—. Pero si quieres conservar el estómago intacto, no pruebes sus mejunjes. ¡Han causado más víctimas que el revólver de Jimmie Ringo!

Todos rieron. Pese al consejo de Baxter, el joven aceptó el vaso que Lorna le tendía y bebió un sorbo. Hizo un gesto de aprobación.

—Es explosivo… Y conste que he bebido mejunjes en los lugares más infernales del Oeste.

—Si resistes esto resistirás cualquier cosa —susurró Lorna—. Excepto a mí, tal vez.

Y fue a dirigirse hacia la puerta, para salir de la sala. Pero su padre la detuvo con un gesto.

—No te vayas aún, Lorna… Hemos de hablar de cosas serias. Tenemos que concretar los últimos detalles para la boda de Linda y Robert.

—Yo nada tengo que ver en eso.

—Pero te interesa, como a toda la familia. —Se volvió hacia Barness y preguntó—: ¿Te parece bien la fecha que habíamos fijado en principio? ¿El viernes próximo?

—Hoy estamos a lunes, o sea que faltan cinco días. Me parece perfecto.

—La casa que vais a habitar en la ciudad de Overton, ¿está ya arreglada?

—Por completo. Es una hermosa casa —dijo Barness—. Estoy

seguro de que a Linda le gustará.

—Y ya tenéis resuelto también el viaje de luna de miel —dijo el banquero frotándose las manos—. ¡Todo perfecto! ¿Qué más puede pedir una familia feliz? ¡No falta detalle para que esa boda sea algo memorable!

Una voz dijo en aquel momento, desde la puerta que daba al vestíbulo principal:

—Sí. Falta un detalle, Baxter.

—¿Eh? ¿Cómo?

El banquero se volvió de repente en aquella dirección, sorprendido. Vio recortarse en el umbral la figura del hombre que menos a cuento venía en una ocasión como aquélla. Nada menos que la figura del *sheriff* de Omaha, al que conocía muy bien.

Torció el gesto.

—Michael —murmuró—, ¿qué diablos haces aquí? ¿Y qué es lo que nos falta? ¿Quizá tu felicitación?

El *sheriff* avanzó dos pasos. Su cara no era de felicitaciones precisamente. Tenía las facciones de color gris. Sus ojos entrecerrados no miraban en concreto a ninguna parte.

—Baxter —dijo—, tengo que darle una noticia que no le va a gustar. Y que estropea esa boda de la que estaba hablando con tanto alborozo.

—¿Qué dices?

—Vengo a detener a alguien por asesinato.

El banquero parpadeó. No entendía nada. Sus ojos sorprendidos fueron hacia Barness, quien era, en todo caso, el único que tal vez hubiera podido cometer un delito así, o al menos ser acusado del mismo. Pero el *sheriff* denegó con un leve movimiento de cabeza.

—No, no es a él a quien busco. Robert Barness no está acusado absolutamente de nada.

—Pues entonces…, ¿quién?

El *sheriff* arqueó una ceja.

—He venido a buscar a una de tus hijas —murmuró—, dejando caer las palabras lentamente.

CAPÍTULO III

Un silencio ominoso se hizo en aquella habitación donde minutos antes parecía respirarse la alegría y la riqueza. Baxter miró con asombro a sus hijas, sin comprender aún. Fue el *sheriff* el que dijo con voz ronca:

—Lorna Baxter, date presa.

Todos los que estaban allí contuvieron la respiración. Todos menos la misma Lorna que era la que hubiera debido sentirse más afectada. Lorna, con una leve sonrisa, preguntó:

—¿Está seguro de que no se equivoca, *sheriff*?

—Claro que no. La acusación es bien concreta. Tú mataste a un hombre llamado Malcom en la ciudad de Norfolk, de este mismo Estado, a orillas del río Elkborn. Lo mataste de un tiro cuando estabais a solas en una habitación. No te pregunto por qué. Si él intentó sobrepasarse y tú hubiste de matarle para defender tu virtud, es cosa que deberás decir ante el Jurado, y seguramente será tenido en cuenta. Pero por el momento estás formalmente acusada, y te advierto que cualquier intento de fuga me obligará a disparar contra ti. Es todo lo que tengo que decirte. Y ahora disponte a venir conmigo.

El banquero Baxter estaba lívido. Con voz que era apenas un murmullo, protestó:

—Usted tiene que equivocarse, *sheriff*. No es posible. ¿Por qué la acusa a ella?

—¿No es cierto que estuvo en Norfolk hace una semana?

—Mis dos hijas viajan mucho por todo el Estado, pero eso no significa que…

—¿Estuvo o no estuvo en Norfolk?

—Pues… pudo estar.

—¿Es suyo este guante?

El *sheriff* había extraído un objeto de piel de uno de los bolsillos de su chaqueta. Lo mostró al asombrado banquero, aunque sin soltarlo.

—Creo que…, que sí.

—Lo encontramos en la habitación donde se había cometido el crimen. Ella debió olvidarlo. También tenemos la declaración del dueño del hotel donde ocurrió todo.

—¿Es que la reconocería?

—Por lo menos la ha descrito bastante bien. Claro que en el juicio tendrá que declarar si es ella o no. El hecho de que sea detenida no significa que vaya a ser condenada.

En el silencio angustioso que siguió a aquellas palabras, sólo se oyó la respiración sosegada de Lorna, que no parecía haberse alterado en lo más mínimo.

Su tranquilidad era pasmosa cuando se dirigió al *sheriff*.

—Puede detenerme, Michael. No pienso ofrecer resistencia.

Los ojos de Baxter llamearon.

De repente cambió. Su expresión se hizo agresiva, casi salvaje. Pareció a punto de saltar sobre su hija.

—Maldita zorra… —barbotó—. ¿De modo que reconoces haber sido tú? ¿De modo que tú has matado a un hombre después de haber aceptado estar a solas en una habitación con él?

Lorna preguntó con una sonrisa helada:

—¿Te sorprende? ¿No has dicho siempre que esperabas lo peor de mí? ¿No soy la maldita de la casa? ¿Pues qué creías?

Baxter se arrojó sobre ella, con las manos crispadas, sin pensar que no estaban solos en la habitación.

—¡Puerca! Te voy a…

Fue Barness el que le detuvo.

—No puede hacer eso. Baxter. Déjela.

El banquero se revolvió.

—¿Es que esa zorra ha creído que…?

—Déjela, repito.

Lorna miró burlonamente a Barness, son sus ojos provocativos, con sus sensuales labios entreabiertos.

—No hace falta que me defiendas. Tú limítate a casarte con mi hermana y a convertirla en una mujer feliz. Bastante trabajo tendrás

con eso.

Barness no tuvo en cuenta aquellas palabras, que habían sido pronunciadas en un tono casi despectivo. Con voz tranquila murmuró:

—Tiene que haber un error, Lorna. Todo se aclarará durante el juicio.

—¡Es que el solo hecho de que la juzguen ya perjudicará mi crédito y mi buen nombre! —masculló Baxter—. ¡Tendré que repudiarla! ¡Tendré que tratarla como si no fuera mi hija!

—No te preocupes, papá —dijo Lorna tranquilamente—. Yo ya tengo bastante mal nombre. La gente ya sabe quién soy. No te apures, porque tu crédito no sufrirá. La gente más bien te compadecerá por haber tenido una hija como yo; incluso procurará ayudarte.

Baxter masculló:

—¡Sólo me faltaba tu cinismo! ¡El maldito cinismo que siempre has tenido! ¡Vete de aquí! ¡Prefiero que no sigas ensuciando esta casa con tu presencia!

El *sheriff* se puso entre los dos. Intentó calmar al banquero.

—Ni que decir tiene que trataré de ayudarla —murmuró—. Todo esto no significa que vaya a ser condenada. Dentro de poco verá las cosas con más realismo, Baxter; cálmese.

Se volvió hacia Lorna.

—Supongo que querrás prepararte algo de ropa —dijo—. No creo que pienses venir a la cárcel… así.

Y le señalaba significativamente el vestido, tan pegado a sus curvas que ni algunas bailarinas de los *saloons* se hubieran atrevido a circular así por entre el público.

Lorna se encogió de hombros.

—¿Van a comerme los otros presos? —murmuró.

—Nadie va a comerte. Tú no estarás con los otros, desde luego. No te verán siquiera. Pero es que no me parece normal que no tengas más que esa ropa.

—No se preocupe, *sheriff* Ya miraré en mi habitación, por si tengo algún vestido de monja.

Y fue a salir de la sala. El *sheriff* advirtió:

—No te acompaño por si quieres cambiarte, pero te advierto que será inútil que trates de huir. No irías muy lejos. Y un intento de

fuga sería, además, la peor acusación contra ti.

—No se preocupe; seré buena chica. Como una palomita…

Y salió al vestíbulo, para dirigirse por las escaleras al piso superior.

Todo el mundo la siguió con la mirada. En los ojos del *sheriff* había sorpresa y un oculto deseo; en los de Baxter, indignación; en los de Linda, más bien una especie de miedo.

Los únicos ojos que no tenían expresión eran los de Barness. Aquellos ojos nublados, espantosamente quietos, eran los de una esfinge.

Linda murmuró al cabo de unos instantes, cuando su hermana hubo desaparecido:

—Todo esto es terrible. Y… ¡y como quien dice una semana antes de nuestra boda!

—No se aplazará por eso —murmuró el banquero—. Lorna no merece que cambiemos nuestros planes por su causa. Naturalmente que no se aplazará.

Permanecieron en silencio durante largos minutos, tensos y expectantes, mientras aguardaran a que Lorna se cambiase de ropa.

Baxter miró al que iba a ser su yerno.

—Robert…

—Dígame…

—¿Tú ya has terminado todo tu trabajo? ¿No van a molestarte más mientras estés de luna de miel con Linda?

—¿Por qué cree que van a molestarme?

—He oído decir que el Gobierno es muy exigente. En estas zonas que están infestadas de pistoleros, a los federales no os dejan vivir.

Barness asintió pensativamente.

—En parte es cierto, pero no creo que eso suceda conmigo. Antes de venir aquí me he encontrado con el último hombre a quien debía capturar o matar. Era un pistolero que siempre dijo que cara a cara no se atrevería nadie con él, y me desafió a que me atreviera a venir a buscarle solo. En cierto modo, a pesar de tratarse de un asesino, era un hombre de honor. Acordamos vernos las caras en la ciudad de Tekamah… y los dos cumplimos nuestra promesa.

—¿Lo has matado?

—Tuve esa suerte.

—Eso significa que te dejarán descansar por lo menos una

temporada.

—Confío en que será así.

—A Linda le hace falta tranquilidad, ¿sabes? Ella es una chica muy sensible. No parece hermana de Lorna.

El *sheriff* masculló.

—Eso es cierto. ¿Y por qué diablos tarda tanto Lorna en arreglarse? ¿Es que se cree que va al teatro?

—Es cierto. Tarda demasiado.

Una súbita sospecha asomó a los ojos del *sheriff*.

—Qué diablos… ¿Habré sido idiota como para…?

No terminó la frase. Salió de la habitación y ascendió por las escaleras que llevaban al piso superior como un verdadero torbellino.

Conocía bastante bien la casa, por haber estado varias veces en ella. Fue directamente a la habitación de Lorna y la abrió de un golpe, aun exponiéndose a encontrar a la chica en *deshebillé*. Pensó que, si la encontraba así, mejor todavía.

Pero en la habitación no había nadie. Sólo se veía sobre la cama, el vestido que Lorna había llevado hasta poco antes.

La muy condenada debía haberse puesto unas ropas más cómodas. Y había saltado por la ventana.

El *sheriff* se asomó a ella. Barness, que le había seguido, hizo lo propio.

Sus sospechas se confirmaron. Era fácil huir por allí. Desde la ventana se llegaba fácilmente a un porche, y desde allí a la calle. No era, además, la calle principal, sino la que estaba detrás de ésta. Resultaba fácil que nadie hubiera visto a Lorna al saltar.

Barness murmuró:

—Vamos.

Los dos hombres siguieron el mismo camino. Saltaron y se encontraron en la calle. Con sólo intercambiar una leve mirada supieron qué camino tenían que seguir.

Las huellas se apreciaban claramente, marcadas en el polvo. La fuga de Lorna, después de todo, había sido bastante ingenua.

Aquellas huellas llevaban hasta la cuadra. Los dos hombres penetraron en ella y vieron que faltaba un caballo. Las pisadas de éste también se marcaban con toda claridad.

Sin mediar palabra, se apoderaron también de un corcel cada

uno. No se molestaron ni en ensillarlos. Salieron a galope, siguiendo la dirección de las huellas.

Éstas les llevaron fuera de la ciudad. Por el camino que llevaba a Arlington, siguiendo el río, fueron siguiendo el rastro. El *sheriff* lanzó una imprecación.

—¡La muy idiota!

—¿Qué pasa?

—¡Seguro que ha buscado refugio en el rancho de su propio padre! ¡Baxter tiene una hacienda cerca de aquí, para cuando quiere pasar una temporadita en el campo! ¡Y ésa es la misma dirección que ha estado siguiendo Lorna! ¡Qué falta de imaginación!

—No se puede pedir a una mujer que ha cometido su primer crimen que sea ya una experta —murmuró Barness.

—Mire; ya llegamos.

Las huellas del caballo de la fugitiva se marcaban cada vez con mayor claridad. Sin duda hacía muy poco que había pasado por el camino.

Se divisaban a la izquierda unos prados verdes, muy bien cuidados, y al fondo una casa blanca. Más cerca, una choza de troncos donde debían guardarse las herramientas.

Fue de allí donde partió el disparo.

—¡Cuidado!

El *sheriff* y Barness se encogieron sobre los cuellos de sus monturas. Habían visto el fogonazo. La bala pasó alta, ridículamente alta.

Pero eso indicaba que la muchacha no estaba dispuesta a dejarse atrapar. Los dos hombres se lanzaron a tierra y avanzaron en zigzag, sin sacar las armas.

Otra nueva bala surgió de la casa. Ésta quedó corta, pero el *sheriff* notó el plomo hundirse en la tierra y se puso nervioso. Lanzando una maldición, se estiró sobre la hierba con toda la agilidad que le permitió su cuerpo.

Barness murmuró:

—Déjeme a mí. No se mueva.

—¿Quiere que le mate? ¡Ésa está dispuesta a todo!

—A mí me conoce. No creo que se atreva a disparar contra uno que ya es casi de su familia.

—¡También me conoce a mí, infiernos! ¡Y mire!

—No le ha dado.

—Porque no puede. ¡Pero déjela y verá!

—Insisto en que me permita avanzar solo, Michael. Conmigo se portará de otro modo.

—Le cubriré con mi fuego.

—No, no toque el revólver. Lo que le ocurre a Lorna es que está asustada. No le hagamos perder los estribos del todo.

—¿Asustarse ésa? ¡Qué cosas dice, amigo! ¡Se ve que no la conoce! ¡Es una zorra que no se asusta de nada! Pero si tanta fe tiene en ella, vaya solito. ¡A lo peor mañana asisto a su entierro!

Barness no contestó.

Corriendo ágilmente, avanzó en zigzag hacia la cabaña, cubriéndose con los obstáculos más inverosímiles. Lorna también disparó contra él, pero las balas salieron desviadas.

Barness iba contando los disparos.

Ella había gastado ya seis balas.

Aun contando con que tuviera plomos para recargar el revólver, necesitaría ahora unos momentos para hacerlo. De modo que ésta era la ocasión.

Barness saltó.

No necesitó ni cinco segundos más para llegar hasta la choza. Pero no entró por la puerta porque no quería correr riesgos innecesarios. Saltó por una de las ventanas, rompiéndola con el peso de su cuerpo.

Lorna, como una fiera acorralada, se revolvió contra él.

Efectivamente, ya no debían quedarle balas en el revólver. Lo arrojó contra la cara de Barness.

Le dio de lleno en la frente, produciéndole un corte en ésta. El dolor fue tan intenso que, por unas décimas de segundo, Barness se tambaleó. Ella fue a dar un salto para huir por la puerta.

Encontró una mano en su camino.

Aquella mano se desplomó sobre ella con fuerza. Lorna lanzó un leve gritito. Cayó al suelo, con los labios bañados en sangre.

Allí, en un ángulo de la rústica choza, quedó quieta, respirando a ritmo jadeante, mirando a Barness con fijeza hipnótica.

Éste tampoco apartaba sus ojos de ella.

El sol penetraba oblicuamente en la cabaña, derramándose sobre los cabellos de Lorna, que otra vez volvían a despedir aquel extraño

reflejo color fuego. El color de la sangre sobre su piel era algo que hipnotizaba, que impedía apartar la vista, aunque fuera por unos segundos. Y más abajo estaban sus piernas, la línea mórbida de sus piernas, pues Lorna se había puesto, para correr mejor, un vestido muy cortito, que apenas le llegaba hasta las rodillas. Y ahora, con su violenta caída, no había podido preocuparse de la posición en que ese vestido quedaba.

Ella notó la dirección de aquellos ojos.

Y con voz ronca preguntó:

—¿Qué pasa? ¿No sabes mirar otra cosa?

Barness desvió el rostro. Por unos momentos sintió como una súbita desazón.

—Has hecho una locura, muchacha —susurró—. Una verdadera locura.

—Yo soy dueña de mis actos. Nadie tiene que decirme nada.

—A veces el querer ser independiente, el considerarse la dueña del mundo, es un peligro. Y tú has ido en ese camino demasiado lejos.

—Lo que ocurre es que nunca me has podido ver. A ti sólo te gustan las mosquitas muertas como mi hermana.

—Te equivocas.

Ella le miró sorprendida.

—¿Qué me equivoco? ¿En qué?

—Tú has tenido interés en hacerte aborrecible, pero al principio no lo eras —susurró Barness—. Incluso he de confesarte que eres más bonita que tu hermana. Y que, si te hubiera conocido a ti primero, en lugar de conocerte cuando ya éramos novios, no sé qué hubiera sucedido. Pero ésa es una vieja historia. Trato de darte a entender que nunca te he aborrecido, Lorna, a pesar de que has hecho lo posible para ello. Y que si he venido hasta aquí a buscarte ha sido para evitar un mal mayor. Aunque —añadió—, dudo que lo haya conseguido.

—¿Por qué?

—Tú misma te has declarado culpable, al huir. Y, por si fuera poco, has disparado contra el *sheriff*.

—¿Lo lamentas?

Ella le miraba con insolencia, casi con desprecio.

No se había inquietado en absoluto por la posición de sus

piernas, que era más sugestiva cada vez.

—Di, ¿lo lamentas?

—Sólo puedo decirte que has cometido un error, Lorna. Y eso no te llevará a nada bueno.

—No te preocupes. Ya tendrás un lugar de preferencia el día en que me cuelguen.

—Por favor, no digas eso.

—Porque me colgarán, ¿sabes? Y entonces, si tienes un poco de suerte, según como sea tu posición ante el patíbulo, podrás ver mis piernas del todo. No necesitarás estar sufriendo tanto como sufres ahora.

—¡Calla!

El rostro de Barness reflejaba sufrimiento. Sus facciones estaban levemente crispadas. En aquel momento el *sheriff* entró en la choza.

Se había torcido un tobillo en uno de sus saltos y venía cojeando y lanzando maldiciones. Su cara destilaba vinagre.

—¡Vaya! Menos mal… Ha tenido usted suerte, Barness.

—¿Suerte? ¿Por qué?

—No le ha matado.

—Dudo que hubiera sabido hacerlo.

—¿No, eh? Igual debía pensar Malcom, el tipo a quien ella despachó en Norfolk. Y ahora, bajo tierra, aún debe estar preguntándose cómo demonios lo hizo.

—No la llame asesina antes del veredicto del jurado haya sido pronunciado, *sheriff*. Usted sabe que no tiene derecho.

—De acuerdo, de acuerdo… En ese caso, diré que probablemente esa piojosa mató a Malcom. Y ahora, basta de comedia… ¡Levántate, maldita!

Estaba loco de furor, porque ya no le cabía duda de que se encontraba ante una asesina que además había tratado de apiolarle a él. En vista de que ella no se levantaba, la sujetó por un brazo y tiró.

El cuerpo de Lorna chocó contra el suyo.

Era un cuerpo de los que no se olvidan. Tenso, duro, juvenil, agresivo en cada uno de sus diabólicos relieves.

El *sheriff* sintió que hasta sus más hondas convicciones vacilaban ante aquello.

Pero la apartó con fiereza de su lado y la hizo caer nuevamente

al suelo, después de darle un empujón.

—¡Andando! ¡Vas a ir de cabeza a la mazmorra! ¡Ponte en pie de una maldita vez, puerca!

CAPÍTULO IV

Los miembros del jurado fueron entrando lentamente en la sala. Sus facciones estaban lívidas. Se notaba que cada uno de aquellos hombres acababa de pasar un amargo momento.

No obstante, su deliberación había sido sorprendentemente breve: sólo media hora.

El silencio, en la gran sala del juzgado de Omaha, era agobiante. Diríase que no había nadie allí y, sin embargo, la gran sala estaba llena a rebosar. Todo el mundo contenía el aliento. La única que parecía relativamente tranquila allí era la persona en cuyo honor se había organizado todo aquello, es decir, la propia Lorna.

Vestía con mucha mayor severidad, con los cabellos más cortos, seguía siendo, sin embargo, tan hermosa como antes, tan seductora. Lo era tanto, que el juez había tenido que advertir a los miembros del jurado, antes de que pronunciaran su veredicto, que de ningún modo se dejaran influir por ello.

Entre aquel espantoso silencio, el presidente carraspeó.

Todos los ojos se posaron en él.

—¿Han llegado a algún veredicto? —preguntó el juez.

—Desde luego, señor.

—Pronúncielo.

—He de hacer, ante todo, una aclaración previa.

—Su misión consiste en pronunciar el veredicto, sin ninguna clase de aclaraciones. Pero si tiene algo que decir, dígalo ahora.

El otro carraspeó de nuevo.

—Hemos tenido en cuenta, señor, que…, en fin… El testigo principal, que era el dueño del hotel de Norfolk en que se cometió el crimen, no ha comparecido. Por tanto, lógicamente, hubiéramos tenido que absolver a la acusada por falta de pruebas. Sin embargo,

existe el hecho de que…

—Abrevie, abrevie…

—… Existe el hecho de que ella ha reconocido como suyo el guante que fue hallado en la habitación, que afirma haber estado en aquella ciudad cuando se cometió el delito, que no ha confesado, pero tampoco negado y, en fin, que intentó huir e hizo fuego contra el *sheriff*. Ésa es la más dura prueba.

—De modo que…

—La consideramos culpable.

Un verdadero estallido se produjo en la sala. Los hombres murmuraban, por lo general, reprobando el veredicto. Unos cuantos individuos que habían sido despreciados por Lorna, aplaudiendo en cambio, comprometiéndose asimismo a asistir a la ejecución en primera fila. Y la totalidad de las mujeres, aplaudieron, porque a las mujeres de Omaha la provocativa Lorna nunca les había caído simpática.

Linda estaba mortalmente pálida. Estuvo a punto de desmayarse cuando el juez reclamó:

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡El presidente del jurado tiene que decir algo aún!

—En efecto —dijo el otro, cuando la calma se hubo impuesto—, he de añadir que la declaramos culpable, pero en atención al hecho de que no hay testigos del crimen y en atención también a la edad de la acusada, que, hasta ahora, además, no había cometido delito alguno, hacemos a favor de ella una petición de clemencia.

Hubo aplausos. Algunas mujeres gritaron.

—¡Claro! ¡Ya se veía venir! ¡Sois unos malditos corrompidos! ¡Seguro que os ha enseñado las piernas!

—¡Silencio! —bramó el juez.

Pero no le hicieron demasiado caso.

Una de las esposas de los miembros del jurado se puso en pie y amenazó con el dedo a su marido.

—¡Ya te daré yo a ti! ¡Seguro que ha sido obra tuya! De modo que clemencia, ¿eh? ¡Eso es lo que me vas a pedir tú cuando lleguemos a casa!

—Mujer… Yo… Ha sido una opinión general… Mis compañeros…

—¡Pues que vengan tus compañeros a ayudarte! ¡Te juro que

habrá para todos!

Una dama que debía pesar sus buenos cien kilos y que tenía una enorme verruga en la nariz, se puso en pie con los brazos en jarras.

—¡Muy bien, juez! ¡Quiero una aclaración! ¡De modo que, si yo mato a alguien y luego enseño las rodillas a los del jurado, también me perdonan!

El juez carraspeó.

—Señora, si usted enseña las rodillas a alguien, lo primero que hacen es condenarla a muerte.

La dama se sentó, haciendo que el banco crujiese.

—¡Vaya! ¡De modo que, encima, se meten con una! ¡Y a esto le llaman justicia!

Cuando se pudo hacer el silencio de nuevo, el juez miró gravemente a la acusada y murmuró:

—Lorna Baxter, oído el veredicto del jurado y tenida en cuenta su petición de clemencia, no te condeno a la pena de muerte por asesinato, que es lo fijado por la ley. En su lugar, te condeno a quince años de reclusión, que cumplirás en el penal de Fullerton.

Dio un martillazo en la mesa. El caso había terminado.

La sala se llenó de rumores, de gritos, de imprecaciones y de vivas. Cada uno manifestaba su opinión como mejor le parecía. El abogado que había contratado el banquero Baxter —olvidándose al fin, de su berrinche y que era una verdadera eminencia, descendió del estrado para murmurar:

—No he podido hacer nada más. La cosa estaba muy difícil.

—No se preocupe —dijo Baxter—. Al menos, hemos evitado lo peor.

Barness, por su parte, tenía las facciones crispadas.

Pensaba en lo que serían quince años en Fullerton, cerca del río Loup. Quince años metida en una mazmorra sórdida, a la que jamás llegaba el sol.

Cuando saliera de allí, tendría los huesos deformados, sus cabellos habrían encanecido. No se conservaría ni una sola de sus maravillosas curvas, de los relieves de su cuerpo. Sería una vieja.

¿Era eso mejor que la muerte? ¿No habría sido más piadoso matarla de una vez?

Pero, no. La horca no deja opción para nada. Es irremediable. En cambio, mientras hay vida, hay esperanza.

Notó que Baxter se acercaba a él.

—Es terrible —murmuró—, pero la vida debe continuar. Tú y Linda ya habéis aplazado la boda por culpa de ese maldito juicio. Casaos pronto, casaos de una vez. Ayudadme a olvidar todo esto…

CAPÍTULO V

A la boda asistió prácticamente toda la ciudad.

La gente, después de haber deseado en su mayor parte la muerte de Lorna, quería congraciarse con su padre, que no tenía ninguna culpa. Además, ya se sabe que el público se deshace por los espectáculos gratuitos, y aquella boda de gran rumbo lo era.

No fue, sin embargo, tan feliz como hubiera podido serlo. Linda seguía estando algo pálida. En cuanto a Barness, se le notaba ausente, como si estuviera pensando en otra cosa.

Lorna ya había sido trasladada a Fullerton un par de noches antes. Se la llevaron en silencio, cuando ya las sombras lo habían cubierto todo, escoltada por cuatro jinetes. Las tinieblas se la habían tragado para quince años, quizá para siempre. La mayor parte de los habitantes de Omaha pensaban que ya no la volverían a ver.

Inmediatamente después de la boda, los recién casados celebraron un banquete. Y a los postres de éste ya salieron de viaje.

En el tílburi que les había regalado el padre de Linda atravesaron en el transbordador el río Platte, que corta la comarca de Omaha, por el oeste, y se dirigieron a Lincoln, que llegaría a ser la capital. Allí estaba proyectado pasar la primera noche.

Horas más tarde, en el mejor hotel de Lincoln, junto a la ventana de su habitación, Barness miraba las estrellas.

Linda, que se estaba cambiando detrás del biombo, murmuró:

—¿Qué miras?

—No te lo sabría decir. Quizá sólo las estrellas.

—¿Es que te gustan?

—No es eso. Les estoy haciendo una pregunta inútil. Una pregunta que sé que ellas no me pueden contestar.

—¿Qué les preguntas?

—Por qué Lorna mató a Malcom. Qué motivos tenía para ello.

—No lo ha explicado a nadie.

—¿Ni a ti?

—Ni a mí —susurró Linda.

—Nunca os habéis tenido mucha confianza.

—No, nunca. Somos muy distintas.

—Sí.

—Por favor, no hables de Lorna ahora. Ése es un tema triste. Y ésta es nuestra noche de bodas, ¿no?

—Tienes razón, Linda. Perdona.

Desde detrás del biombo, ella le miró pícaramente.

—¿Quieres que me ponga un camisón… o no?

—Pues…, es igual.

—No parece que estés muy alegre esta noche.

—Lo estoy, pero… Bueno, nuestra boda no ha sido como tú y yo la soñamos, ¿verdad?

—Sí que ha sido como soñamos. Lo que ocurre es que Lorna lo estropeó todo. Pero no pensemos en ella. Sólo nosotros dos importamos ahora, Robert.

Él dijo sin convicción:

—Sí. Sólo nosotros dos.

Ella apareció, saliendo de detrás del biombo.

¿Quién había dicho que Linda era una chica dulce, pálida, patética y todo eso? ¿Quién había dicho que estaba flacucha?

Avanzó hacia él. Definitivamente, había olvidado lo de la bata.

Barness olvidó también las estrellas, el misterio de la noche. Olvidó las preguntas que le hacía minutos antes.

—Robert…

Los dos se fundieron en un abrazo. El joven sintió como si todo diera vueltas en torno suyo, y se dejó perder gustosamente en aquella especie de torbellino salvaje.

Al fin y al cabo, hacía mucho tiempo que no contaba con la compañía de una mujer.

Una infinidad de tiempo…

Capítulo VI

DEPARTAMENTO FEDERAL DE JUSTICIA
A AGENTE FEDERAL ROBERT BARNESS
SECRETO Y URGENTE

«Se ha sabido que el fugitivo Fred Walker se encuentra en las cercanías de Columbus. Estamos seguros de que alguien de la región le protege, pero no sabemos quién. Trate de averiguarlo, y en todo caso, aprese o mate a Walker. Cumpla esta orden con preferencia a todas las otras. Informe cuanto antes».

El telegrama estaba firmado por Liman. Liman era el jefe de todos los federales que operaban con preferencia en Nebraska. Uno de los gerifaltes de Washington.

Barness lo miró otra vez, mientras galopaba siguiendo el curso del río Platte.

Hacía ya dos meses que estaba casado y le parecía que ese tiempo había transcurrido en un soplo.

Tenía la sensación de que ya nunca más recibiría telegramas como aquél, que le obligarían a enfrentarse con la muerte. Pero la realidad se impone siempre, y la realidad estaba ahora en su bolsillo. Era una orden como tantas otras que había recibido en su vida. Tenía que buscar a un hombre y apresarlo o matarlo. Era su oficio.

Aún le parecía que vibraban en sus oídos las últimas palabras de Linda Baxter cuando se despidió de ella.

—Pero ¿quién es Fred Walker? ¿Y por qué tienes que perseguirle precisamente tú?

—Lo tengo que perseguir, porque ya es un milagro el que no me

hayan molestado en dos meses. Todo se acaba. Fred Walker ha asaltado más diligencias en Colorado que billetes hay en el Banco de tu padre. Hay que liquidarlo antes de que encuentre otra vez hombres dispuestos a seguirle. Si los hallara, nada habríamos conseguido.

Las mujeres, por lo general, no comprenden esas cosas.

Suelen creer que el marido es una de sus propiedades exclusivas e inamovibles, y las fastidia que tenga que largarse a otra ciudad, donde seguramente —eso creen siempre ellas—, las aceras estarán llenas de mujeres bonitas que se le irán ofreciendo a uno. Sí, sí… Lo normal es que uno no gana para paraguazos, si se atreve a mirarlas demasiado. Pero ésa es otra de las cosas que las señoras casadas, por lo general, tampoco entienden.

Linda había tenido que resignarse.

Y ahora Barness cabalgaba hacia Columbus, pensando que la captura de Walker le llevaría semanas. Quizá meses, si tenía mala suerte.

Columbus era una ciudad que también estaba prosperando mucho, como Omaha. Vivía en gran parte del río Platte, por el que llegaban mercancías, viajantes… y aventureros. No era extraño que Walker se hubiese ocultado allí, donde la mitad de la población cambiaba en muy pocos días y donde nadie se fijaba en nadie.

Barness llegó a la ciudad y se hospedó en uno de los hoteles, con nombre falso. No obstante, tenía poca confianza en aquello, porque ya empezaba a ser demasiado conocido en Nebraska. Pero, al menos Walker no le había visto nunca.

Al cabo de un par de días de investigar sin resultado, se le presentó uno de los enlaces.

Era Bart, un excelente muchacho. A causa de una lesión en la mano derecha, proveniente de un desafío, no podía tirar bien y se le encomendaban misiones de observación. Él había rastrillado toda la comarca, dando la noticia de la presencia de Walker allí. Pero ahora la situación no parecía tan optimista.

—No sé nada nuevo —murmuró, cuando se encontraron en un lugar discreto de uno de los *saloon*—. Vi a Walker y telegrafié enseguida a los jefes, pero luego he perdido su pista. Quizá haya vuelto a Colorado otra vez, aunque lo dudo, porque allí le conocen muy bien. El caso es que me temo un fracaso.

Estaré un par de días aquí —dijo el joven—. Luego, si no hay otro remedio, buscaré en ciudades distintas.

—Si tengo suerte —prometió Bart—, iré a tu habitación del hotel. No tardarás ni diez minutos en tener noticias mías.

—De acuerdo. Ya sé qué haces lo que puedes. Si ese tipo ha volado, no es culpa tuya.

Los dos hombres se separaron sin darse la mano, un poco como si se hubieran encontrado allí por casualidad.

Aquella noche, Barness, después de otra de sus rondas infructuosas, volvió al hotel. Empezaba ya a desesperar de encontrar a Walker allí. Porque Walker no sólo era un sanguinario, sino que también era astuto. Si había husmeado algo, ya estaría lejos.

Una vez en su habitación, miró al biombo que ocupaba uno de los ángulos. Era curioso, pero siempre recordaba, por aquel detalle, su noche de bodas en Lincoln. El momento en que Linda apareció desde detrás de uno muy semejante. Ese momento en que se dio cuenta de que su esposa no era una chica flacucha.

Sonrió levemente.

Le era imposible decir si había sido feliz.

En cierto modo lo había sido. Y lo era. Pero una nube flotaba siempre en el horizonte, como esas nubecillas tenaces que se ponen delante del sol y estropean las mejores mañanas de primavera. No podía evitarlo. Era como si siempre viese aquella especie de sombra ante sus ojos.

¿Cuándo volvería a ver a Linda? Era imposible saberlo. Todo dependía de aquel condenado Walker…

Pensando en él, abrió el armario. Y de repente, todo cambió.

De pronto, aquel cuerpo se desplomó sobre él. Aquel cuerpo por cuyo rostro aún resbalaba la sangre.

Barness tuvo el tiempo justo para que Bart no le cayese encima. Se apartó y su compañero rodó estrepitosamente por tierra. Le habían cosido a puñaladas por la espalda, tras cazarlo en un momento de distracción. No llevaba muerto ni media hora.

Barness se inclinó un poco sobre él, mientras palidecía para observarle mejor.

Y en ese momento, la voz dijo a sus espaldas:

—¿Satisfecho?

Barness no conocía la voz de Walker, pero daba por descontado que la que acababa de oír era la suya. Levantó un poco las manos. El que estaba a su espalda le quitó el revólver ágilmente.

El federal apretó los labios.

—Matar a los hombres por la espalda es de cobardes —dijo.

—¿Sí?

—Y esconderse detrás de los biombos es de mujeres.

Los dientes de Walker rechinaron tras él. El cañón con que le apuntaba barrenó los riñones de Barness.

—Vas a arrepentirte de estas palabras.

—Supongo que para eso has venido, ¿no? Para que me arrepienta.

—Dentro de un minuto habrás hecho compañía a tu amigo. Estaréis muy bonitos los dos, con la cara convertida en una máscara roja…

—Supongo que no voy a poder quitarte el gusto. Pero antes me dirás una cosa.

—Una sola.

—¿Tú eres Walker?

—¿A ti qué te parece, muñeco?

—¿Cómo has sabido que te perseguía?

—No lo he sabido. Lo he imaginado solamente, pero mis imaginaciones suelen ser verdad. A ese imbécil de Bart le conoce todo el mundo en Nebraska. Se sabe que es un federal de los que no matan. Él sólo informa a los verdugos como tú… Le he visto hace poco, cuando yo regresaba después de estar unos días merodeando por ahí. Él me ha visto también y entonces ha corrido a este hotel. ¡Lo ha hecho con tan poco disimulo el pobre! Se nota que estaba en baja forma. Yo ya sabía que no vivía aquí, de modo que he pensado: «Va a encontrarse con su jefe». Y esto iba a hacer el imbécil. No me ha costado demasiado trabajo liquidarlo y luego esperarte a ti. Voy a hacer un doble trabajo en el mismo día…

Rió secamente a espaldas de Barness, mientras le apretaba aún más con el revólver.

Éste aún no le había visto la cara.

Pero durante el largo parlamento había buscado una oportunidad. Y la encontró en las ropas de la cama, que prácticamente tenía junto a él.

—Reza —dijo Walker—. Reza, idiota…

Barness murmuró:

—¿No, puedo, al menos, verte la cara?

—No hace falta. ¿Para qué?

—Una última voluntad.

Walker lanzó una risita.

—Petición denegada…

Fue a disparar, pero Barness ya se había vuelto con la rapidez del rayo.

Ya se ha dicho que tenía las manos levemente alzadas. Por consiguiente, también tenía alzados los codos.

Uno de éstos, el derecho, golpeó bruscamente, al girar, el revólver de Walker. Todo fue en realidad un problema de rapidez. Una rapidez tan alucinante que el mismo Walker creyó que aquello no había sucedido en realidad.

Cuando disparó, su mano ya había sido desviada.

La bala se clavó en la pared frontera. Walker lanzó una maldición salvaje.

Pero las maldiciones, como todo el mundo sabe, no sirven para gran cosa.

Una rodilla se clavó en su bajo vientre, aprovechando el momento de asombro. Walker resolló de dolor. Fue a disparar de nuevo, pero ya le retorcían el brazo derecho.

Con la espuela intentó castigar al enemigo. Y en realidad, lo consiguió. Pero Barness soportó el dolor perfectamente, mientras hacía más cruel e implacable la presa sobre el brazo derecho de Walker.

El gorgoteo de éste se transformó en un alarido espantoso cuando el brazo se rompió.

No perdió el conocimiento, sin embargo. Era una especie de bestia acorralada que lucha hasta el fin. Intentó cazar el revólver con la mano izquierda.

Barness le propinó tres golpes seguidos al cuello, dejándole sin respiración. Su enemigo retrocedió hasta el armario, tambaleándose. Intentó sujetar el revólver de Barness, que antes había dejado caer al suelo, al quitárselo.

Barness no se lo permitió. Recogió antes el revólver que había tenido que soltar Walker.

Dos balas rasgaron el brusco silencio de la habitación. Se oyó un estertor. Walker, con las facciones desencajadas, resbaló por la pared en que estaba apoyado y cayó a tierra. Fue él quien murió con las facciones convertidas en una máscara roja.

Barness se frotó las manos.

—No te he hecho esperar demasiado —dijo mirando el primer cadáver, el de su amigo—. Venganza cumplida…

CAPÍTULO VII

La ciudad de Columbus no está lejos de la otra ciudad, mucho más modesta, de Fullerton. Basta cambiar de condado. Quizá fue eso lo que le dio la idea a Barness.

Ya que estaba allí, ¿por qué no ir a ver a Lorna?

No habían recibido ni una carta suya desde que ingresó en el penal. Suponían que estaba bien, por las noticias que les trasmitía el alcaide, pero eso no era lo mismo que verlo con los propios ojos. De modo que Barness decidió ir allí.

El trayecto entre las dos ciudades es liso y apacible. Barness lo hizo en un solo día. A su llegada se alojó en un hotel, durmió de una forma irregular, pues no podía quitarse de la cabeza que iba a ver a Lorna (¿Por qué le desasosegaba tanto? ¿Por qué el pensamiento de que ella existía le impedía ser feliz?). Y a la mañana siguiente, fue al penal.

Éste llegó a ser, años más tarde, un sólido edificio de piedra, pero entonces estaba formado solamente por una serie de edificaciones de madera seca y carcomida. Al verlo desde la distancia, Barness pensó, como ya había pensado otras veces, que el día menos pensado aquello se convertiría en una antorcha.

Era el único sitio en Nebraska donde se admitían mujeres delincuentes. Éstas llevaban una vida penosa, amarga, y muchas de ellas morían. Quince años en Fullerton significaban la destrucción total para ellas.

El alcaide atendió amablemente a Barness.

—Siendo usted un federal, no tengo inconveniente en que se entrevisten a solas. Pondré a disposición de ambos una de las salas de recepción. Pero tenga en cuenta que no puedo concederle más de media hora.

—Es suficiente, gracias.

La sala era fría, inhóspita, como todo en el penal. En verano, uno debía de tostarse allí, pero ahora, cuando soplaba el viento de la llanura, la piel parecía ir a saltar a trozos. Todas las reclusas que se movían por allí tenían las manos enrojecidas y, deformadas, y Barness pensó que Lorna ya las tendría igual.

En efecto, fue eso lo único que ella ocultó cuando entró en la sala. Llevaba las manos a la espalda.

Barness la miró en silencio, entre un silencio espeso y agobiante, como si no se hubieran visto nunca, como si aquella mujer fuera totalmente una desconocida.

En cierto modo, lo era.

Entre la Lorna atrevida, sensual, agresiva, que él conoció y esta reclusa, había una diferencia abismal. Sólo una cosa conservaba Lorna: la atrevida mirada de sus ojos. Por lo demás, el cabello se lo habían dejado muy corto y ya no parecía capaz de emitir aquellos sorprendentes destellos de color fuego. Una bata muy ancha y mal cortada desfiguraba sus formas. Para que aún les cayera peor, las guardianes les obligaban a atársela a la cintura con un cordel. El efecto era desastroso.

A pesar del frío, iba calzada con unas zapatillas y no llevaba medias.

¡Ella, que siempre usaba la ropa interior más fina que se podía encontrar!

Pero estaba igualmente hermosa, a pesar de todo. Lo único que ocurría es que su belleza era distinta.

Al cabo de unos momentos, murmuró:

¿Qué? ¿Ya me ha mirado bien el señor?

—Tú nunca cambiarás, Lorna.

—Si lo sabías, ¿por qué has venido?

—Quería verte.

—Pues ya estoy vista.

Y fue a salir por la puerta por la que acababa de entrar. Barness la detuvo.

—Lorna…

—¿Qué? ¿Has de decirme algo?

—Preguntarte cómo te encuentras.

—Bien.

—La humedad, ¿te perjudica?

—No.

—Pero llegará a afectarte. Quince años son muchos años.

—Si observo buena conducta, estaré menos Tal vez doce.

—De todos modos… Verás, te traigo algo. Es un ungüento especial. Si te lo aplicas todas las noches, creo que te irás sintiendo mucho mejor.

—No necesito nada.

—Lorna… Todos hicimos por ti lo que fue posible.

—No lo niego.

De pronto, giró la cabeza. Volvió a mirarle fijamente, con aquella especie de rebeldía que parecía salirle del fondo de los ojos.

—¿Eres feliz, Robert?

La pregunta sorprendió al hombre. Éste parpadeó.

—Pues…, no lo sé.

—¿No lo sabes?

Él trató de sonreír.

—Sí, soy feliz —dijo al cabo de unos instantes. ¿Por qué no? Tengo todo lo necesario para serlo.

—Pues has tenido que pensarlo un buen rato.

—Nadie me había preguntado nunca una cosa así. Me he sorprendido, eso es todo.

—¿Sabe mi hermana que has venido?

—No…

—¿Por qué?

—Pues…, no he creído que hiciera falta decírselo. He tenido trabajo cerca de aquí y he venido. Es lo más lógico del mundo que haya pasado por aquí, ¿no?

Ella se encogió de hombros.

—Tienes razón. Los hombres razonables como tú siempre tenéis razón.

Él sonrió tristemente, desviando la mirada.

—¿Hombre razonable yo? Tiene gracia.

—¿No lo eres?

—Tu hermana y tú me habéis conocido en un aspecto que no es el mío. En realidad, soy otra clase de hombre.

—¿Cómo te definirías tú?

—Como un asesino.

—Vaya… No eres muy indulgente contigo mismo.

—Soy un asesino a quien el Gobierno paga para que liquide a los que aún son un poco más asesinos que yo.

Lorna rió un momento. Su risa fue áspera, amarga.

—Yo sí que voy a volverme una auténtica asesina… No sabes la gentecita que hay aquí.

—¿Qué gentecita?

—Si tuvieras más imaginación no haría falta que lo preguntaras Hay aquí mujeres que manejan el revólver mejor que los pistoleros profesionales. Y me enseñan a hacerlo, ¿sabes? Cortamos pedazos de madera de forma que parezcan un «Colt». Hacemos fundas de tela. Cuando nadie nos ve, «sacamos». Igual que los hombres. También he aprendido a robar carteras. No es tan difícil como creía. ¿Y sabes quiénes son mis mejores amigas?

Barness guardó silencio.

Tenía un nudo en la garganta. Todo aquello le entristecía, le helaba el alma. Por unos momentos no supo qué decir. No supo ni qué pensar siquiera.

—Mis mejores amigas son las zorras profesionales —continuó ella. Las hay de todas clases, pero predominan las tontas que no saben cómo han venido a parar aquí. Y cuentan cosas que la estremecen a una. No sé si soy mejor o peor, te lo juro, pero hay noches en que noto como si se me secara el alma. Me pondría a llorar y a gritar. Una vez traté de romperme las manos contra los barrotes. Tuvieron que hospitalizarme durante una semana.

Barness seguía sin poder hablar.

Aquella sensación angustiosa, helada, le iba corroyendo por dentro, le iba destrozando poco a poco.

Ella suspiró:

—Creo que me estoy volviendo peor que nunca. Que me estoy volviendo desesperadamente mala…

—Lorna…

—Vete ya. Vete de una vez, Robert.

—Lorna, quiero pedir una revisión del proceso. Si fueras sincera conmigo, tal vez podríamos conseguir algo.

—¿Conseguir, qué?

—Eso… Una revisión.

—Tonterías.

—Dime, al menos, por qué mataste a Malcom.

La mirada de Lorna, que se había humanizado, se hizo otra vez agresiva y hosca. Como una fiera acorralada, miró otra vez a Barness, tensa junto a la puerta.

—El señor siente curiosidad, ¿eh? Quiere que la chica mala le cuente todo lo que sabe…

—Sólo trato de ayudarte, Lorna.

—¿Y qué dirá Linda cuando lo sepa? ¿Qué dirá Linda al enterarse de que has estado amable conmigo?

—¿Por qué había de ofenderse?

Ella se encogió de hombros.

—No sé.

—Lorna, dime al menos una cosa.

—¿Qué quieres saber? Pero no me preguntes por qué maté a Malcom.

—No. Sólo quiero que me digas a qué hotel fuiste en Norfolk.

Ella vaciló un momento.

—Al American —dijo.

Barness repitió mentalmente: «Al American…»

—¿Por qué has querido saberlo? —musitó Lorna.

—Una simple curiosidad.

—No se te ocurra ir allí.

—No he dicho que vaya a ir. Por otra parte, si tú no me ayudas, no puedo pedir la revisión del proceso. ¿Puedo hacer algo por ti mientras estés aquí, Lorna? El alcaide de la cárcel no permite que se les envíe ropa ni comida a los presos. Pero quizá necesites algo, tal vez te hará ilusión alguna cosa. ¿Quieres libros, perfumes, periódicos? ¿Qué podría hacer por ti?

Ella murmuró sordamente:

—No necesito nada.

Y salió de una forma brusca, destemplada, cerrando la puerta a su espalda. El joven fue a llamarla, pero en el último instante no se atrevió.

Una especie de clima irreal había envuelto aquella entrevista con Lorna. Era como si entre los dos, sólo al mirarse, flotara una chispa eléctrica. Barness no se atrevió a pronunciar su nombre.

Alguien más entró en la sala. La celadora había oído el ruido de la puerta al cerrarse.

—¿Ya ha terminado?

—Sí.

—Parece que ella se ha ido disgustada, ¿no?

—Está nerviosa.

—Diga más bien que es una golfa —murmuró la celadora, con los labios apretados entre palabra y palabra—. Ésa acabará muy mal. Cuando salga de aquí, si es que sale, será peor que cuando entró.

—Me temo que sí.

—No debieran venir a visitarla. Ésa está mejor sola, como las lobas. Bueno, allá ustedes.

Barness sentía un profundo malestar. Le molestaba ver aquella celadora gorda, apretando los labios después de cada palabra. Y se prometió, en efecto, no volver allí.

Pero se imaginaba a Lorna sola. Quince años sola, si es que los vivía.

Sólo llevaba dos meses en el penal y ya había cambiado tanto…

Tomó su caballo y se alejó lentamente. Las sienes le zumbaban. Atrás fueron quedando los barracones de madera, donde quizá un día se originaría un desastre. Y los sótanos húmedos donde las reclusas tenían sus dormitorios, y en los que el frío iba haciendo poco a poco presa en ellas.

Desde la ciudad de Fullerton escribió a su esposa. Le escribió una mentira. Le dijo que no había encontrado aún a Walker y que ello le obligaba a seguir sus investigaciones, por lo cual tardaría quizá un par de semanas en regresar a su casa.

CAPÍTULO VIII

La mentira le dejaba un margen de tiempo para hacer algo que le obsesionaba desde que habló con Lorna. Quería ir a Norfolk, la ciudad donde murió aquel hombre llamado Malcom. Quería hablar con el dueño del hotel. Saber directamente lo que ocurrió.

Hasta entonces había pensado que aquello era inútil y que al fin y al cabo Lorna había salido muy bien librada de ser condenada solamente a quince años, por lo cual lo mejor era no remover las cosas. Pero ahora un inquieto pensamiento le desasosegaba. No tenía más remedio que ir allí.

Desde Fullerton hasta Norfolk hay que seguir una línea casi recta siempre, en dirección Norte. Se atraviesan los condados de Nance, Platte y Madison. Norfolk está en el condado de Pierce.

Situada a orillas del río Elkborn, es una ciudad importante que entonces ya tenía una gran pujanza. Había tres hoteles y tres *saloons*. Barness, que llegó de noche, se dirigió directamente al American.

Un tipo bizco ocupaba el *comptoir*. Se dirigió a Barness mientras uno de sus ojos apuntaba al Este y otro al Oeste. Menos mal que no tenía cuatro ojos, porque entonces su cabeza hubiera podido servir como brújula.

—¿Qué desea, señor?

—Me alojaré esta noche aquí, probablemente. Pero quiero que me dé, si es posible, la misma habitación en que murió el señor Malcom.

El otro bizqueó aún más.

—¿El señor Malcom? No murió aquí.

—¿No?

—El suceso ocurrió en otro hotel. En el Nebraska.

—Caramba, en ese caso, perdóneme... Estaba confundido. Iré allí.

Dejó dos dólares de propina al bizco para quitarle el mal sabor de boca por haberse ido a la competencia y se alejó en dirección al hotel Nebraska, que estaba unas cien yardas más allá, siguiendo la calle principal.

Se sentía confuso.

Durante el juicio no prestó atención al nombre del hotel en que había ocurrido el hecho, por parecerle un detalle secundario. ¿Qué más daba un hotel que otro? Pero ahora recordaba que no fue el American, sino el Nebraska. Lorna había tratado de desorientarle. ¿Por qué?

El dueño del Nebraska no era bizco. Por el contrario, sus ojos estaban firmemente clavados en el mismo sitio.

Estaban clavados en las piernas de una damisela que se había sentado descuidadamente en el vestíbulo, demostrando a quien quisiera enterarse que unas medias finas forman parte fundamental del atuendo femenino.

Barness hizo:

—Ejem...

El otro se sobresaltó. Pegó casi un brinco.

—¿Qué desea, caballero?

—Pues...

—Verá, empiece por apartarse un poco. Aquí me está estropeando el panorama, ¿sabe?

—Amigo, si sigue mirando a la damita, lo único que conseguirá será dormir mal. Quiero una habitación.

—¿Con vistas a la calle?

—¿Es que puedo elegir? ¿El hotel está muy vacío?

—Por ahora, sí.

—En ese caso, quizá pueda darme la habitación donde murió Malcom. Tengo una cierta predilección por las cosas siniestras, ¿sabe?

—La habitación donde murió Malcom. ¡Vaya gustos que tiene usted amigo! No es precisamente la mejor. Pero, en fin, puedo dársela.

—¿Usted vio a la mujer?

—¿Qué mujer?

—La que cometió el crimen, demonios.

—Sólo de espaldas… Yo no hago nunca preguntas ni me fijo en las visitas, ¿sabe? Es mejor. El señor Malcom daba buenas propinas y no quería que la gente se metiera en sus asuntos. Si las mujeres eran amables con él y le visitaban en su habitación, ¿a mí qué? Por eso no me fijé apenas. Sólo le diré que era elegante y llevaba una capa sobre los hombros. De espaldas, apenas podía apreciarse nada más.

Cambió un poco de postura, puesto que la damisela del vestíbulo había cambiado un poco de postura también.

—Le escribí eso al juez de Omaha, donde tenía lugar el proceso —murmuró—. Quizá por eso no me llamaron. Debieron pensar que era inocente.

—Comprendo.

—Tome su llave.

Le entregó una. Era la número veintiuno.

—¿Lleva equipaje?

—Sólo una bolsa colgada de la silla de mi caballo. Es ese blanco que está amarrado ahí fuera.

—Bill se la subirá.

—No hace falta…

—Oh, no se preocupe… Bill no hace otra cosa.

Y dejó de atender a Barness, porque la damisela, al parecer, se estaba mostrando más y más complaciente con el público de mirones que ya casi llenaban el vestíbulo.

El joven subió a la habitación.

Una sensación amarga le llenaba la boca.

Se hacía cargo de qué clase de tipo debía ser el tal Malcom. Adinerado, cuarentón, amigo de las mujeres y de la buena mesa. Uno de esos buitres que siempre están buscando una presa cada vez más joven. ¿Cómo podía Lorna haber caído en sus garras? ¿Qué profundo fallo había en la vida, en la moral de la muchacha?

No la imaginaba allí, en aquella habitación, aceptando las caricias de un casi desconocido a quien al final habría decidido matar.

Sólo la débil luz que llegaba por la ventana iluminaba la habitación. Barness encendió el quinqué y se sentó en la cama. Mientras esperaba a que el tal Bill le subiera la bolsa que llevaba en

la silla, extrajo unos papeles que llevaba en uno de sus bolsillos y que hasta entonces no había mirado con la necesaria calma. Eran anotaciones encontradas en los bolsillos de Walker, el asesino a quien él mató. El *sheriff* le había dicho que se las llevase. Era difícil que pudiera encontrar en ellos una pista acerca de las personas que habían ayudado a Walker, porque muchas anotaciones estaban en clave, según un sistema que sólo el muerto debía conocer. Pero se entretuvo intentando descifrarlo.

Lo había hecho otras veces, sin resultado.

Ahora le pareció que, dando un número a cada letra del alfabeto, pero empezando por el final, se podía llegar a formar un nombre. Ese nombre era Johnny Widmark. Y más allá se añadía: «Rancho».

Es decir, debía haber un rancho de un tal Johnny Widmark donde Walker estuvo oculto. Preguntaría por las cercanías y trataría de averiguar dónde estaba aquello. Pero, en fin, ésa era una misión secundaria, en la que no debía pensar ahora.

De pronto tuvo una sorpresa.

Había quedado a oscuras. La luz del quinqué acababa de extinguirse.

Sin duda había poco petróleo en el depósito. Iba a llamar a alguien para que lo llenasen cuando en ese momento oyó un rumor de pasos en la puerta.

Un tipo alto, encorvado, entró llevando la bolsa de su silla. La depositó sobre la cama, junto a él.

—¿Algo más, señor?

El tipo se movía con una pasmosa seguridad, a pesar de que la habitación estaba a oscuras.

Eso no era extraño, puesto que debía conocerla bien. Lo extraño era que no se hubiese dado cuenta de que la luz de la habitación se había extinguido, y no hubiera dado al cliente la menor explicación por ello.

Barness miró al hombre no ya con curiosidad, sino incluso con cierta inquietud.

Se dio cuenta entonces de que el tipo era ciego.

—Oiga, ¿es usted Bill?

—Sí, señor.

—El quinqué de la habitación se ha apagado. Debe faltarle

petróleo.

—Perdone… No me he dado cuenta.

—¿Es usted ciego, Bill?

—Ya lo habrá notado, ¿no?

—Quizá no lo hubiese notado de no ser por el detalle de la oscuridad. Se mueve usted perfectamente en ella.

—Conozco esto muy bien.

—¿Sabría conocer igualmente una moneda de a cinco dólares?

—Claro.

—Tómela.

Se la puso en la mano. El ciego la hizo bailar unos momentos en la palma, para comprobar su peso y su solidez. Luego se la guardó.

—¿Qué quiere saber?

—Imagine que nada.

—No me habrá dado cinco dólares sólo porque le he subido esta bolsa desde la calle.

—Ya hablaremos de eso mañana, Bill.

El otro río sin la menor alegría.

—Me ha dicho el dueño que usted ha pedido expresamente la habitación donde murió el señor Malcom. ¿Están relacionadas sus preguntas con ese extraño deseo?

—Veo que es observador, Bill… Sí, en efecto, están relacionadas con eso. Quiero saber si usted estaba ya aquí cuando ocurrió aquella muerte.

—Sí.

—¿Se enteró de algo?

—¿Yo? ¿De qué? Como usted comprenderá, no puedo ver.

—Pero puede oír.

El otro se acercó a la puerta. La luz del pasillo recortaba claramente su encorvada figura. Era una conversación extraña, silbante, la que sostenían los dos hombres en la penumbra.

—Oí algo —dijo el ciego—. Algo que no olvidaré.

—¿Qué? ¿Una conversación?

El otro rió quedamente.

—No, no era una conversación.

—¿Pues entonces…?

—Usted no puede entenderlo. Es inútil que se lo diga, porque se burlaría de mí.

—No he venido aquí a burlarme, compréndalo.

—Olvide lo que le he dicho.

—Pero ¿no puede decirme lo que oyó?

—Le he dicho que se reiría de mí.

Barness le puso en la palma de la mano otra moneda de a cinco dólares. Conocía aquella táctica.

Pero con gran sorpresa suya, el ciego la rechazó.

—No he estado planteando dificultades tontas para que me diese más dinero —dijo, en tono ofendido.

—Perdone. Me ha parecido que…

—Le digo la verdad. Oí algo que podría identificar a la mujer, pero es una cosa que sólo tiene valor parta mí. Ni por un momento puedo explicarlo. Es una tontería; es algo sin sentido. No me haga caso.

Barness decidió no insistir.

—De acuerdo —dijo—. Si usted ha decidido guardar silencio, yo respeto esa idea.

—Sólo le diré que yo apreciaba mucho a Malcom —murmuró el ciego—. Y que sentí como nadie su muerte.

—Lo apreciaba. ¿Por qué?

El otro se encogió de hombros.

—Todo el mundo decía que Malcom era un cerdo —murmuró.

—Entonces —insistió Barness—, ¿por qué lo apreciaba?

—Verá, las personas somos muy complicadas… Nunca somos absolutamente malas ni absolutamente buenas. Malcom se ganaba la vida de una forma innoble, lo reconozco.

—¿De qué forma se la ganaba?

—Bah, ¿para qué hablar de eso?

—No está usted muy hablador esta noche, amigo.

El ciego no hizo caso de aquel comentario. Siguió, como si estuviera absorto en sus pensamientos:

—Tenía sus defectos, claro… Defectos tremendos, a decir de la gente. Pero en muchas otras cosas no era precisamente una mala persona, sino todo lo contrario. Sabía aceptar una broma. Prestaba dinero a la gente y a veces se olvidaba de reclamarlo. Siempre venía a este hotel, e hicimos amistad. No se avergonzaba a decir que era amigo de una especie de burro de carga como yo. Me invitaba a beber y me presentaba a sus compañeros. También me ayudó

mucho.

—¿Le ayudó? ¿De qué manera?

—Hizo venir expresamente a un médico para que me viese. Pensó que tal vez mi ceguera podría curarse. Se gastó dinero en eso. Cuando vio que era inútil, que nadie podía hacer nada, lo sintió de verdad. Y depositó en el Banco, a mi nombre, unos dólares por si algún día los necesitaba.

Hizo una breve pausa. Luego añadió con voz ronca.

—Nadie había hecho eso por mí. Nadie había hecho tanto por un hombre que al fin y al cabo es un burro de carga.

Barness se sentía confundido. Entrelazó los dedos antes de decir con voz opaca:

—La verdad… Tenía otra idea de Malcom.

—No me haga demasiado caso. Ya le he dicho que no todos hablan bien de él, principalmente debido a su oficio. Con las mujeres también era un aprovechado. Si alguna se descuidaba… ¡zas!… Pero no era lo que se llama un rufián. No las engañaba. La que salía con él, ya sabía lo que podía esperar.

Barness se mordió el labio inferior.

Lorna… ¿Era posible que Lorna…? No se quitaba aquella maldita idea de la cabeza. Parecía tenerla grabada al fuego.

—Yo hubiera hecho cualquier cosa por Malcom —añadió el ciego—. Y lo único que quisiera ahora es vengar su muerte.

—¿Sabe que… la mujer que le mató ya ha sido condenada?

—No creo en la justicia.

—Usted cree en muy pocas cosas, Bill.

—Creo en mis amigos.

—Ya es algo.

El ciego se encogió de hombros.

—Pero estoy hablando demasiado. Estoy hablando como un tonto. Espere. Le traeré un quinqué nuevo.

—No hace falta —dijo Barness—. Precisamente iba a salir. Déjelo para cuando vuelva; aproximadamente dentro de una hora.

—Dentro de una hora yo no estaré aquí —susurró el ciego—. Mi turno termina. Pero no se preocupe, porque lo dejaré todo arreglado. Y gracias por los cinco dólares.

—De nada, Bill. Espero que tengamos ocasión de echar un trago juntos.

—No se moleste por mí, señor.

Y salió.

Barness quedó confundido unos momentos.

¿Qué clase de tipo era aquél? ¿Y quién había sido en realidad un hombre como Malcom?

Salió de la habitación, y luego del hotel.

La damisela de las piernas bonitas y de las medias finas ya se había largado. Y, lo que son las cosas, en el vestíbulo ya no quedaba ni el gato.

El dueño del hotel roncaba sonoramente, a pesar de que sólo eran las nueve. Ni se enteró de que Barness salía.

Éste se dirigió a la oficina del telégrafo. En casi todo Arkansas aquel servicio funcionaba ya. Las líneas se extendían prácticamente de costa a costa, entre San Francisco y Nueva York.

Con las menos palabras posibles, redactó un telegrama para Washington. Antes había dado ya cuenta de la muerte de Walker, de modo que no tuvo que insistir en eso. Pero dijo que había creído poder descifrar una de las anotaciones del muerto. Que el tipo que le ocultó fue un tal Johnny Widmark. Y pedía instrucciones sobre si debía buscarlo y hasta qué límites.

En un *saloon* cenó un poco y bebió una jarra de cerveza. A continuación, se dirigió al hotel para dormir.

Entró en la habitación.

La luz seguía penetrando por la ventana y le permitía distinguir confusamente los objetos. Vio que, en efecto, habían colocado sobre la mesa un quinqué nuevo. Se dispuso a encenderlo.

Iba ya a rascar el fósforo cuando le pareció oír el leve ruido de alguien que se movía furtivamente tras él.

Fue a volverse, mientras intentaba llevar la derecha hacia el revólver. Pero ya no llegó a tiempo.

De pronto una culata se abatió sobre su cráneo. El dolor le hizo lanzar un leve gemido. Sintió que sus piernas fallaban y cayó pesadamente de bruces, volcando la mesa.

Capítulo IX

Las voces llegaban hasta él como un lejano murmullo. Apenas las entendía, pero poco a poco algunas palabras se fueron precisando.

—Habrá que esperar un poco más.

—Aún hay gente abajo.

—Se van…

Barness sentía un dolor insoportable en la nuca. Le habían dado más de un golpe, y encima con ganas. Pero tuvo la suficiente prudencia para estarse quieto, hasta saber lo que sucedía.

Notó que estaba en su habitación.

Le tenían atado de pies y manos, y tres tipos miraban por la ventana, como si espiaran algo. Con toda la fijeza de que fue capaz, los miró. Pero le resultó imposible reconocer a nadie.

Al parecer, aguardaban a que el sector de calle situado bajo la ventana estuviera desierto.

Por fin uno se volvió.

—Ya está.

—Abajo con él.

Barness se mantenía con los ojos cerrados. Notó que de las ligaduras de sus pies se desprendía un largo cabo de cuerda.

Lo levantaron en volandas y lo hicieron descender por la ventana, cabeza abajo, valiéndose precisamente de aquel cabo de cuerda, que los tres tipos sujetaban desde arriba e iban soltando poco a poco.

Abajo ya esperaba un sujeto más con cinco caballos. Ató a Barness a la silla de uno de ellos, tras doblarlo como un fardo. Los otros descendieron también y montaron cada uno sobre un corcel.

Aquel trozo de calle formaba un ángulo solitario y no se divisaba

un alma.

Emprendieron el trote, saliendo enseguida de la población. El joven notó que iban siguiendo el río. Media hora después se detuvieron ante una cabaña donde había luz.

No sabía por qué diablos lo habían convertido en su prisionero. Ni imaginaba lo que querían de él.

Lo entraron en la casa, y entonces ya no siguió fingiendo haber perdido el conocimiento. ¿Para qué?

Miró a sus cuatro enemigos. No conocía a ninguno de ellos, realmente. Le parecieron tipos bien vestidos, con un cierto aspecto que le resultaba inconfundibles: apostaba doble contra sencillo a que era fulleros de poca monta.

Estaba en el suelo, ante ellos. Le miraban fijamente.

No dijeron una palabra. Uno de ellos hizo una seña, y el que estaba a su lado se despegó del grupo. Empezó a encender una fogata en el hogar de piedra que había a un lado de aquella choza.

—¿Es que queréis que esté calentito? —musitó Barness.

—Eso no te importa.

Barness pensó que todo aquello que tenía delante eran sus compinches, seguro. Por eso se sorprendió tanto cuando uno de ellos le hizo una pregunta que nada tenía que ver con sus pensamientos.

—¿Por qué elegiste la habitación de Malcom?

—¿Qué buscabas allí? —masculló otro.

—¿Ya has encontrado el documento?

—¿Qué… documento?

El que había hablado en primer lugar le cruzó por dos veces la cara.

—Tendremos que emplear métodos más expeditivos contigo si insistes en hacerte el idiota —dijo.

El que atizaba el fuego rió.

Puso sobre las brasas una barra de hierro para que se fuera calentando al rojo.

Barness sintió que se le helaba la sangre. Doble contra sencillo a que querían adornarle la piel para toda la vida. La «fiesta» empezaría en cuanto él no se decidiera a hablar. Pero ¿qué podía decir, si no sabía nada?

—El documento —exigió el que le había pegado.

—¿Qué documento?

—¿Eres idiota o qué?

—Lo que pasa es que estoy más despistado que un puma en una perfumería. ¿Qué queréis?

—Lo sabes perfectamente. Aquí se ventila un cuarto de millón de dólares y no estamos dispuestos a perderlo.

—¿Un cuarto… de… millón?

Otro de los sujetos gritó:

—Bueno, Joe… ¡este tipo nos toma el pelo! ¡Habrá que empezar pronto a ablandarle!

Barness masculló:

—Creo que aquí hay un error. Vosotros me confundís con otra persona. Si me explicáis de qué se trata, quizá pueda aclararos algo.

La mano le abofeteó otras tres veces, partiéndole los labios.

Los ojos de Barness despidieron un brillo especial. Era un brillo que indicaba peligro, pero aquellos tipos no lo sabían. «Peor para ellos», pensó el federal.

—Yo no digo que no vaya a hablar —dijo secamente—. Sólo quiero saber de qué se trata. Pero no me sacaréis ni una palabra tratándome como a un perro rabioso.

—¿No, eh?

El que le había abofeteado miró significativamente al que se encontraba ante la fogata. El hierro empezaba a estar al rojo. Barness notó que le abrían la camisa de un tirón.

—¡Habla!

—No he encontrado ningún documento. No sé de qué habláis.

—¡Estamos hablando de un cuarto de millón de dólares! ¡Eso te demostrará que vamos a llegar hasta donde sea!

—Pero ¿qué cuarto de millón ni qué infiernos? ¡Yo no sé nada!

—Pronto te refrescaremos la memoria.

El que llevaba el hierro al rojo lo fue acercando lentamente, con premeditada lentitud. Aquel punto incandescente atrajo la atención de Barness hasta obsesionarle. Apartó la mirada porque no quería chillar, no quería mostrarse como un cobarde.

—¡Habla!

—Sí, voy a hablar —murmuró él—. ¡Voy a hablar para deciros que os mataré a los cuatro!

—¡Dale!

El hierro se clavó profundamente en el pecho de Barness. Éste sintió como si le atravesara. En realidad, no fue así, pero la sensación resultó angustiosamente mortal.

—¡Habla!

—No sé… lo que queréis de mí…

—¡Dale!

El hierro volvió a apretarse contra su piel. Esta vez el dolor fue sencillamente insoportable. Barness no pudo resistidlo más y se desmayó.

Esta prueba, unida a los golpes que antes había recibido en la nuca, produjo en él un efecto demoledor. Estuvo sin sentido mucho rato, a pesar de que le echaron un balde de agua sobre la cabeza. Cuando empezó a recobrar el conocimiento y a ver un poco, notó que los cuatro sicarios estaban junto a la puerta.

Cuchicheaban.

Al fin la decisión debió consistir en dejarlo allí por unas horas, o tal vez hasta el día siguiente, porque desaparecieron. Momentos después oía el galope de sus caballos.

Al quedar solo, intentó librarse de sus ligaduras.

Todo el pecho le dolía horriblemente, pero eso era lo de menos. ¡Si pudieran deshacer los nudos! ¡Si estuviera libre para cuando aquellos tipos volviesen! ¡Ya les enseñaría a torturar a un tipo que ni siquiera sabe lo que le preguntan!

Desgraciadamente, los nudos eran sólidos. Y las cuerdas de primera calidad.

No había quien deshiciese aquello.

Y empezaba ya a jadear, desesperado, no sabiendo qué hacer, cuando de pronto vio recortarse una figura en la puerta.

Quedó asombrado.

Era el ciego Bill.

El ciego avanzó hacia donde estaba él, como si pudiera verlo, y empezó a desatarle.

—Huelo a carne quemada —murmuró.

—Me han…, me han adornado la piel.

—Me lo temía.

—¿Es que usted se ha dado cuenta de lo que ocurría?

—He podido oír como lo sacaban del hotel. Desgraciadamente, yo no tenía motivos para evitarlo.

—¿Y cómo ha venido aquí? No me dirá que ha podido ver el camino que seguíamos…

—No, desgraciadamente no puedo ver nada. Pero conozco bien el camino. No ha sido nada difícil llegar hasta aquí.

—¿Por qué conoce el camino?

—He estado en esta choza otras veces. Y no me cabía duda de que vendrían aquí.

Había terminado ya de desatar las muñecas del joven. Éste se las frotó, restableciendo poco a poco la circulación de la sangre.

—¿Quiere explicarme todo esto, Bill? —murmuró, cuando pudo hablar de nuevo.

—Es sencillo. Yo he estado aquí otras veces en compañía del señor Malcom.

—¿Por qué razón?

—Él se reunía aquí con sus amigos. Y estos que le han torturado a usted lo eran.

—Me ha parecido que esos tipos son tahúres de baja estofa. ¿Es que acaso Malcom era un jugador profesional?

Bill hizo un gesto de asentimiento.

—Cierto. Lo era. El señor Malcom era un pillo de gran clase, uno de esos jugadores que le hacen trampas al lucero del alba. Ya le he dicho que por tal razón muchos lo criticaban. Reconozco que había arruinado a mucha gente.

—Siga.

—Los cuatro tipos que acaban de marchar eran sus ayudantes, sus puntos o como quiera llamarles. No le llegaban ni a la altura de los tobillos. Malcom los empleaba sólo para misiones auxiliares, como para dar confianza a un presunto «primo», para atraerle a la mesa, para desorientarle… En fin, todo eso. Sin Malcom están perdidos y no saben por dónde andan.

—Pero buscan algo.

—Sí. Un cuarto de millón.

Otra vez Barness sintió la misma sorpresa que había sentido antes. No lo entendía. Un cuarto de millón… ¿por qué?

—Malcom había jugado últimamente con alguien —prosiguió el ciego—. Era un hombre rico, un «primo» de categoría. Parece que le ganó nada menos que un cuarto de millón, pero el otro no pudo pagarle al contado. Tenía que vender bastantes bienes para poder

hacerlo y de momento le firmó un pagaré.

—¿Por un cuarto de millón?

—Exacto.

Barness lanzó un silbido, olvidándose incluso del dolor que sentía en todo el cuerpo.

—Ahora empiezo a comprenderlo. ¿Es ése el «documento» que los cuatro granujas buscan?

—Exacto. El pagaré era al portador. Si lo consiguen podrán embolsarse esa bonita suma.

—¿Y por qué suponen que lo tengo yo?

—Porque usted ha pedido precisamente la habitación que ocupó Malcom. Suponen que lo ha hecho para buscarlo, ya que debía saber dónde estaba. ¿Ha hecho algo que pudiera llamarles la atención, después de salir del hotel?

Barness se pasó una mano por la mandíbula.

—Déjeme que recuerde… Sí. He puesto un telegrama.

—Ya está. Eso es lo que ha aumentado sus recelos. Han creído que comunicaba a alguien que ya tenía ese documento. Y eso ha sido la razón de que decidieran averiguarlo. Ni qué decir tiene que ya han registrado la habitación varias veces, pero hasta ahora sin ningún resultado.

Barness, que ya había terminado de desatarse los nudillos, se puso en pie.

Vaciló, porque no le circulaba bien la sangre, pero apoyándose en una de las paredes pudo mantenerse derecho.

—Esa pudo ser la razón de que mataran a Malcom —dijo en voz baja.

—¿Matarle? ¿Para qué?

—Para robarle ese pagaré.

—Muy posible. Lo he pensado varias veces —susurró el ciego.

—¿Usted ha registrado esa habitación? Debe conocer muy bien todos sus recovecos, Bill.

—En efecto.

—¿Y no ha encontrado nada?

—Le juro que no.

—Entonces la mujer que mató a Malcom consiguió llevárselo.

—Es más que posible.

Barness miró fijamente al ciego.

—Bill… Usted me ha dicho antes que oyó algo relacionado con esa mujer. Algo que no olvidará. ¿Por qué no me cuenta lo que es? Podría ayudarme mucho.

—Se reiría de mí.

—¡Diablos con esa manía! ¿Y por qué había de reírme? ¿Es que era algo tan extraño?

—No. Era lo más normal del mundo.

—Pues cuéntamelo, cuerno.

—No puedo. Es una cosa que sólo tiene valor para mí. No sé ni cómo explicarla. Sólo yo la entiendo.

—Pues voy a decirle una cosa, amigo. Con esas manías no llegará nunca a vengar a Malcom.

—La vida es larga —dijo sentenciosamente Bill—. Lo probaré una y cien veces. Lo conseguiré al fin.

—En cambio, el que va a vengarse ahora soy yo —murmuró Barness con voz tensa—. Esos tipos me han dejado marcado para toda la vida. Yo les marcaré a los cuatro con un agujerito mucho más pequeño, pero juro que será bastante.

CAPÍTULO X

—¡Frazer! ¡Cuidado, Frazer! ¡Está ahí!

Barness oyó el grito apenas entró en el saloon, el único que estaba abierto a aquella hora de la noche. Parpadeó, sorprendido, porque no había comprendido al principio de qué se trataba. Hasta que de repente, vio a aquellos dos tipos que corrían como ratas junto a la baranda del piso superior.

Uno había avisado al otro. Barness los reconoció enseguida.

Se trataba de dos de los buitres que le habían torturado poco antes. Creían haberlo tenido seguro hasta la mañana siguiente, hasta que ellos volvieron después de que el prisionero hubiese «madurado» un poco. Así se comprendía su estupor.

Barness movió el revólver.

Aquel «Colt» no era el suyo, puesto que, en el hotel al apresarle, le despojaron de él. Pero Bill se lo había proporcionado antes de que volviera a la ciudad.

Hizo fuego.

Los dos tipejos se habían cubierto bien. A uno de ellos le rozó la cabeza; al otro, ni eso.

El *saloon* estaba lleno de borrachos a aquella hora, pero a la mayoría se les pasó la borrachera como por encanto. Todo el mundo se arrojó al suelo, y algunos saltaron a la parte posterior de la barra, llevándose, de paso, alguna que otra botella en el viaje.

Barness se parapetó en un costado de aquella barra.

Los dos tipos disparaban desde el piso superior. Se estaban exponiendo mucho.

Pero, cosa extraña, no apuntaban. Se diría que sólo trataban de llamar su atención. Barness arqueó una ceja.

Tenía la suficiente experiencia para saber lo que podía pasar en

un caso así. Se volvió de repente, con la rapidez del rayo.

El tipo que estaba en la puerta, apuntándole ya, se tambaleó al recibir sus dos balazos casi simultáneos.

Era el que pocas horas antes había manejado el hierro candente.

Lanzó un grito y cayó hacia atrás, sin tiempo para apretar el gatillo.

Los dos de arriba chillaron como ratas asustadas. Notaron que les había fallado la trampa.

Barness se deslizó a gatas por la parte posterior de la barra. Todos los tipos que estaban allí tendidos bebían a más y mejor, y, naturalmente, sin pagar. El dueño mascullaba en voz baja:

—¡Ya os voy a dar, ya…! En cuando termine el tiroteo me lo pagáis todo. Me pagáis hasta la última gota, borregos…

Uno de ellos murmuró mirando a Barness:

—Oiga… ¿No puede estar liándose a tiros hasta mañana, amigo?

El federal apareció de repente por el otro lado de la barra. Uno de sus enemigos, el llamado Frazer, se asomaba ya, sorprendido, creyendo que no estaba en el *saloon*.

Su mueca de estupor se le quedó clavada para siempre en el rostro.

La bala le penetró por entre las dos cejas. Dio un grotesco salto, cayó sobre la barandilla y la rompió.

Un momento después se desplomaba estrepitosamente hacia la planta baja.

Todo el mundo guardó un macabro silencio. Sólo se oía en todo el local la respiración jadeante del que estaba arriba, sin posibilidad de huir a menos que aceptara el desafío cara a cara. Pero eso era algo que no haría nunca.

En ese momento los batientes fueron empujados desde fuera y apareció en el *saloon* un tipo de unos cincuenta años, peludo como un oso, que llevaba una pila de periódicos bajo el brazo.

—¡El «Star» de Omaha! —gritó—. ¡Acaba de llegar, con varias horas de retraso! ¡Léanlo, amigos! ¡Sensacional incendio!

Se quedó de piedra al ver que aquello del sensacional incendio no parecía interesar a nadie.

Normalmente le quitaban los diarios de las manos pero esta vez no le hacían caso. Murmuró:

—¿Qué pasa?

Una bala disparada desde arriba hizo temblar los batientes por los que acababa de pasar. Pero el tipo no se inmutó demasiado. Parecía estar acostumbrado a eso.

Empezó a deslizarse por debajo de las mesas, por donde se amontonaba la gente.

Eh, amigo… —fue susurrando—. Sensacional incendio… Información exclusiva en el «Star» de Omaha… ¿Qué? ¿Interesa?

Sus habituales parroquianos le iban dedicando frases tan amables como:

—¡Calla, estúpido!

—¡Vete al diablo!

—¡Qué te aspen!

¡Cuando publiquen la noticia de tu muerte lo compraré!

Pero el tipo no se desanimaba.

El que estaba arriba hizo una desesperada maniobra. Trató de saltar encima de la baranda y en, rápida carrera, ganar la puerta. No era imposible que lo consiguiera, tenía agilidad y además la desesperación le daba fuerzas.

Lanzó un grito mientras volaba por los aires.

Aquel grito se transformó segundos después en un estertor de agonía. La bala de Barness le había alcanzado en el diafragma. Cayó sobre una mesa, la volcó y luego rodó por tierra, hasta quedar espantosamente inmóvil entre los borrachos.

El vendedor se aproximó gateando a Barness.

—Eh, amigo… Usted tiene cara de querer enterarse de todo.

—¿Qué pasa?

—Sensacional incendio.

—¿Y a mí qué me cuenta?

—Diablos, compre algún periódico… A este paso me los voy a tener que leer todos yo.

—Espere.

—¿Esperar a qué?

—Eran cuatro.

—¿Quienes? ¿Las mujeres que usted tenía?

—¡No, cuerno, no! ¡Los tipos a quienes pensaba matar! ¡He liquidado a tres, pero el último no puede andar lejos!

—Vaya usted a saber. A lo mejor se ha ido al Canadá.

—Sí. Tal vez.

E iba ya a relajar la tensión de sus músculos, confiándose, cuando de pronto una especie de sacudida eléctrica hizo que temblaran sus hombros.

Acababa de ver aquella sombra en la ventana. Aquella sombra junto a la que brillaba el reflejo de un «Colt».

Disparó sin apuntar. Los cristales saltaron hechos astillas.

El tipo que estaba fuera se agazapó, tras disparar a su vez. No consiguió nada. Corrió como un gamo, tratando de llegar al otro lado de la calle.

Barness disparó por debajo de los batientes.

Su enemigo dio una voltereta. Había sido alcanzado. Pero aún tuvo maestría para disparar dos veces, haciendo que dos balas lamieran la cabeza del federal.

Éste se lanzó en plancha sobre las tablas del porche. Apretó el gatillo de nuevo. Su enemigo se estremeció otra vez. En la calle solitaria, Barness vio cómo soltaba el revólver.

Se acercó corriendo.

Su último rival, uno de los que le habían torturado, agonizaba. Barness se inclinó sobre él.

La sangre le resbalaba al otro por la mandíbula. Estaba a punto de exhalar su último suspiro.

—Has…, has ganado.

—Vosotros os lo buscasteis —murmuró Barness.

—Te quedarás con…, con el pagaré.

Barness hizo un gesto apesadumbrado.

—Supongo que te sirve de muy poco consuelo —murmuró—, pero la verdad es que no lo tengo.

—No… es posible…

—A Malcom se lo robaron antes.

—Y nosotros que hemos dado tantas vueltas para, para…

—Alguien os habrá dado dinero, ¿no? ¿Quién os ha estado manteniendo mientras buscabais ese pagaré? Porque sin la ayuda de Malcom no habréis ganado ni una condenada partida.

—Nos ha dado dinero Jo… Johnny Widmark… Nos mantenía hasta que encontráramos el pagaré. Luego teníamos que…, que partir con él.

—Johnny Widmark… ¡Vaya! El tipo a quien tenía que buscar. Ahora lo haré con más motivo.

El otro balbució:

—Es… es un fulano de cuidado y… Bueno, vive bien… Tiene éxito con las mujeres y todo eso… Posee… un gran rancho… Ojalá lo encuentres… Pronto…

Barness susurró:

—Gracias por la información, muchacho. Quizá en el fondo no seas mal chico, después de todo.

El otro emitió una risita que le corroyó hasta las entrañas, que le destrozó de dolor. Pero no pudo evitarlo.

—No… Si he deseado que lo encuentres es porque Johnny te va a matar… ¡Para que te liquide pronto! ¡Ojalá te tiña la piel… con el color del plomo!

Barness se llevó una mano a la mandíbula.

—Diablos, menudos desengaños se lleva uno. ¡Yo que estaba a punto de darte las gracias!

Su último enemigo se estremeció: acababa de morir.

Barness le cerró los ojos y se puso en pie. Pero fue para encontrarse con el vendedor de diarios.

—Ahora tendrá usted un momento de calma —murmuró el tipo —. Compre el «Star» de Omaha.

—¿Y a mí para que me interesa?

—Hay un sensacional incendio.

—Los incendios me traen sin cuidado.

—¡Vamos, hombre, no sea roña! ¡Suelte veinte centavos!

Barness los soltó.

—Los doy por bien empleados si me lo quitó de encima —dijo.

Tomó un ejemplar y se lo puso bajo el brazo, sin ánimo de leerlo por el momento, porque creía tener cosas más importantes que hacer. Pero de pronto el pliego de papel estuvo a punto de caer al suelo, tal había sido el estremecimiento de su dueño al ver los dos grandes titulares.

En efecto, el vendedor tenía razón. ¡Y qué razón!

SENSACIONAL INCENDIO EN EL PENAL DE FULLERTO
NO HAY VICTIMAS LA MITAD DE LAS RECLUSAS HAN CONSEGUIDO HUIR

CAPÍTULO XI

—Esto cambia del todo las cosas —susurró Barness a la mañana siguiente, mientras se cepillaba las botas—. Las cambia tanto que deberé modificar mis planes. Es muy importante que atrape a ese tal Johnny Widmark, pero es más importante aún que encuentre a Lorna Baxter. He de dar con ella antes de que los guardianes que habrán salido en su busca la enchironen otra vez.

El ciego Bill que ordenaba la habitación, terminó de colocar bien las cortinas de la única ventana.

Estaban en el hotel y la mañana era radiante. Las violencias de la noche anterior parecían muy lejanas, como si no hubieran existido jamás. Claro que Barness llevaba medio pecho vendado y aún sentía a ráfagas un casi insoportable dolor, pero aun así le parecía como si hubieran transcurrido siglos desde que cuatro desconocidos le apresaron en aquella misma habitación.

Bill murmuró:

—¿Quién es Lorna?

Barness estuvo a punto de contestar que la mujer que había matado a Malcom, pero se arrepintió a tiempo. Bill estaba decidido, fuera como fuese, a matar a aquella mujer para vengar al que había sido su único amigo. No era prudente darle facilidades de ninguna clase. No, demonio, él no se las daría.

—Es una reclusa de Fullerton —dijo ambiguamente.

—¿Amiga?

—Algo así.

—¿Y tiene idea de dónde puede haberse ocultado?

—No. Ni de lejos.

—Pues se va a volver loco buscándola. En fin… Ése es asunto suyo. Pero se va del hotel, ¿no?

—Ya no hago nada aquí.

—Guardaré un buen recuerdo de usted, señor Barness. Usted también ha sido bueno conmigo.

Barness carraspeó. Parecía un poco confuso.

—Oiga, Bill.

—Diga, señor Barness.

—Usted me ha salvado la vida. De no ser por su ayuda, no sé qué hubiera sido de mí… Necesito agradecerle de algún modo lo que ha hecho.

—No piense en ello. En ningún momento me arriesgué.

—Oiga, Bill… —Barness carraspeó de nuevo—. Si yo le diera ahora cien dólares no resolvería nada. Me gustaría ayudarle de otro modo; por ejemplo, buscándole un empleo mejor. Conozco a mucha gente. No dudo de que encontraría algo que le hiciese sentirse mejor, más digno. No es justo que usted sea lo que ha dicho: un burro de carga.

Él guardó silencio.

Aquellas palabras parecían abrir un nuevo porvenir ante él, y sin duda le agradaba oírlas, pero no se atrevió a mostrar su conformidad, ni menos a ilusionarse, porque en la vida no habría sufrido más que desengaños.

—¿Sabría llegar a Omaha? —murmuró el joven.

—Claro que sí. Todos los conductores de diligencias me conocen. No tengo más que pedir plaza.

—Yo le dejaré una pagada en la casa de postas. Salga cuando le convenga. No tiene más que llegar a Omaha y presentarse en la casa del banquero Baxter. O yo estaré o habré dejado noticia de lo que sucede. No sólo será acogido, sino que tendrá un trabajo digno. Le doy mi palabra de honor.

El ciego suspiró.

—¿Puedo creerle?

—Le acabo de dar mi palabra.

—Y yo pienso que usted es hombre de honor, señor Barness.

El joven le entregó cinco monedas de a cinco dólares cada una.

—Para los otros gastos del viaje —murmuró—. Puede despedirse del hotel tranquilamente. Y no olvide estos dos nombres: Omaha y el banquero Baxter.

—No lo olvidaré.

—Y ahora adiós, amigo.

Los dos se estrecharon la mano. El ciego parecía conmovido. Al cabo de unos instantes murmuró:

—¿Y usted? ¿A dónde va ahora?

—Quizá muy lejos, quizá muy cerca… No lo sé. Pero mi intención es encontrar a un granuja llamado Johnny Widmark y también, claro a una muchacha llamada Lorna…

El hombre dio prietamente a la mujer un beso.

—Judith…

La voz del hombre era ronca, y la pasión hervía en ella.

—Johnny…

—Te quiero…

—Yo también te quiero a ti, Johnny.

La condescendencia de la chica le animó.

—Oye, Judith…

—¿Qué, Johnny?

—No estamos bien aquí, tan cerca de tu casa. No podemos hablar ni… nada. Yo conozco un sitio mucho mejor que éste.

La muchacha desde la hierba en que se hallaba semi tendida, contempló las sombras de la noche.

—¿Cuál?

—Deja que te lleve y lo verás.

—¿Está lejos?

—Ni a dos millas.

—¿En Columbus?

—No… ¡Claro que no está en Columbus! Allí nos vería todo el mundo, ¿sabes? Y a nadie le interesa lo nuestro. Es una especie de *saloon* que está en las afueras. Un sitio muy divertido.

—¿Me prometes que no me dejarás, Johnny?

—¡Claro que, no, nena! No te dejaré un momento. Hasta que volvamos a tu casa, estaremos todo el tiempo juntos.

—El sitio a donde tú me llevas no puede ser malo, Johnny.

—Claro que no, nena.

—Entonces vamos a donde tú quieras.

Él la ayudó a ponerse en pie. Era un tipo de unos treinta años, alto, fuerte y algo grueso, magníficamente vestido. Llevaba un solo revólver, pero éste estaba labrado en plata y oro.

—Vamos, Judith…

—¿Tienes ahí a tu caballo?

—El mismo caballo blanco de la primera vez que vine a buscarte. Te llevaré a la grupa.

Dieron unos pasos saliendo al amarradero que había cerca de la casa. Un magnífico corcel blanco estaba atado allí.

Johnny sabía que precisamente a aquellas horas iba a llegar Tobías, el leñador que traía cada mes un lote de leña para las necesidades de la casa y por eso le convenía darse prisa en llevarse a la muchacha.

Montaron ambos en el caballo.

—Abrázate fuerte a mí.

—Sí, Johnny…

La chica se aferraba a él con la confianza y el candor de una niña.

—Vamos…

Galoparon alejándose de la casa. Johnny condujo el caballo en línea recta hacia un *saloon* llamado El Paraíso, situado en las afueras de Columbus porque dentro de la ciudad no le hubieran permitido abrir sus puertas, a pesar de ser Columbus una de las ciudades más viciosas del Oeste.

Allí se admitían huéspedes de todas clases sin mirar la edad.

Allí eran conducidas muchachas engañadas para que cayeran fácilmente en las manos de algunos tipos adinerados de la comarca.

Johnny conocía aquello bien.

Sabía que si Judith se ponía tonta a última hora allí le guardarían las espaldas y le facilitarían las cosas.

Media hora bastó para llegar a la vista del local.

Judith seguía abrazada a él con el candor de una niña.

Desde una de las ventanas de El Paraíso, una mujer morena, con dos hermosos mechones rubios sobre la frente, vio llegar al caballo y a sus jinetes a través de las sombras de la noche.

Lanzó el aire una bocanada de humo, retirando de sus labios el cigarrillo que estaba fumando.

—Tenemos visita —susurró.

El local estaba extrañamente desanimado a aquella hora, quizá porque en Columbus había una ejecución y nadie quería perdérsela.

Una pianola dormitaba en un rincón. Sólo hacía veinticuatro horas, que no se usaba, pero ya estaba cubierta de polvo. Junto a

las mesas aguardaban aburridamente algunas chicas a que llegasen clientes.

El dueño de todo aquello, un mejicano panzudo, que llevaba una camisa muy corta, de tal modo que se le veía el ombligo, chupaba de vez en cuando al gollete de una botella de tequila.

Se acercó a la morena de los mechones rubios al oír aquello de que se aproximaba alguien.

—¡Pues es verdad! —exclamó al mirar a su vez a través de la ventana—. ¡Y es nada menos que Johnny Widmark!

—¿Un cliente importante?

—Se deja en una noche más plata que un regimiento de gringos marranos como estos que están ahí.

El dueño de El Paraíso señaló con el mentón a los vaqueros sin trabajo que sorbían *brandy* en una mesa y que no se habían atrevido a invitar a ninguna chica.

—¿Para qué vendrán esos imbéciles? —Gruñó.

Déjalos. Los chicos han querido tener un poco de ilusión, aunque sea de mentira. Al fin y al cabo, pagarán siete veces el valor del *brandy* que se beban.

Johnny estaba ya atando el caballo al amarradero después de haber ayudado a descender a Judith. La morena de los dos mechones rubios los veía desde la ventana.

Sintió que el mejicano le daba un codazo.

—Eh, tú…

Ella alzó el rostro. Sus inmensos ojos claros le miraron sin un parpadeo.

—¿Qué quiere?

—Que te hablo a ti, Lorna. A ver si voy a tenerte que romper una costilla de un codazo para que me escuches… Vas a tener que ser amable con este cliente que entra.

—Ya lleva compañía. No la he visto bien, pero parece elegante y bonita.

—Johnny casi siempre lleva compañía, pero a veces la olvida en un rincón si le gusta más cualquier chica de las que hay aquí. Y tú eres nueva. A ti no te conoce.

—No.

—Y la verdad es que pareces una señorita.

Por los inmensos ojos claros de la mujer pasó como una nube.

—Lo fui —dijo secamente.

—Bueno, yo no hago preguntas… Sólo sé que dijiste que te perseguía un tipo y que aquí ibas a sentirte segura. ¿Es cierto?

Por los inmensos ojos claros de la mujer pasaba otra vez la nube.

—Es cierto.

Él se acercó sinuosamente para besarla.

Pero en aquel momento la puerta se abrió y entró Johnny con su acompañante.

La chica parpadeaba al ver todo aquello, pues sin duda era la primera vez que se encontraba en un ambiente así. Johnny tiraba de ella con insistencia, con firmeza, obligándola a entrar. Lorna torció un poco la boca al verla tan joven.

El dueño de El Paraíso se transformó en una rata servil inmediatamente después de ver a Johnny entrar.

—¡Oh, caballero! Pase, pase, tome posesión de esta humilde casa. Sin duda querrá beber algo. ¿Qué mesa prefiere? ¿Qué puedo servirle?

—No quiero una mesa, sino un reservado dijo bruscamente Johnny. —Y cuando menos hable, mejor.

—Claro que sí, señor Widmark… Mis labios estarán cerrados. Cerrados como una tumba… Pase…, pase… Por aquellas escaleras, usted ya conoce el camino…

Johnny dirigió a la muchacha una sonrisa que ya no tenía disimulos. Una sonrisa cuadrada.

—Vamos, nena.

Comenzó a subir la escalera, llevando de la mano a la turbada joven. Pero apenas había puesto los pies en el cuarto o quinto peldaño, cuando una voz advirtió:

—No siga.

Todos se volvieron hacia la mesa de donde había brotado aquella voz. Uno de los dos vaqueros que bebía *brandy* se había puesto en pie. Ya no era joven, pero conservaba una recia virilidad en su semblante. Sus ojos grises brillaban.

—Conozco a esa muchacha —susurró—, y es honrada. Por si ello no bastase, tiene las facultades mentales perturbadas desde que en un accidente vio morir a su madre. Lo que piensa usted hacer es una canallada, señor Widmark o como se llame. Y mientras yo esté vivo no consentiré que lo haga.

Johnny parpadeó.

Miró con interés al vaquero, dándose cuenta con mirada de experto de que tenía el revólver mal colocado. Se dio cuenta también de que su compañero no iba a intervenir en la pelea, porque retrocedía asustado hacia un lugar por donde no aullasen las balas.

Sonrió.

Johnny, en circunstancias semejantes, siempre sonreía.

—Mientras usted esté vivo… —dijo—. ¿Y si muriese, amigo? ¿Qué sucedería si para celebrar mi conquista yo le enviase a la tumba?

—Hágalo si se atreve.

El vaquero retrocedió un poco paso a paso, buscando una buena posición de tiro mientras Johnny soltaba a la muchacha, y arqueaba el brazo derecho sin moverse del peldaño.

Todos sabían lo que iba a suceder. Todos menos el vaquero y Lorna.

Cuando el hombre que había defendido a Judith iba aun retrocediendo, el dueño del local hizo bruscamente ruido con una silla. El vaquero volvió el rostro solo un segundo, un único segundo que le resultó fatal. Porque Johnny, sacando el revólver con velocidad centelleante aprovechó el momento para clavarle una bala entre los ojos.

El vaquero cayó fulminado, soltando el revólver sin tiempo para exhalar un gemido.

Johnny sonrió.

La sonrisa que flotaba en sus labios seguía siendo cuadrada.

Judith lanzó un grito y apartó al hombre para descender corriendo la escalera. En su rostro habitualmente infantil se había marcado una expresión dura y amarga. Quizá por primera vez en su vida, el terror había penetrado como un estilete hasta el fondo de sus entrañas. Sin mirar al vaquero muerto intentó ganar la salida.

—¡Dios mío! —gimió—. ¡Dios mío!

Johnny aulló:

—¡Quieta!

Ella estaba casi ya en la puerta. Johnny, con las facciones desencajadas, se dio cuenta de que su presa podía escapársele. Se dio cuenta también de que jamás volvería a tener otra oportunidad

como aquélla.

—¡Quieta! —repitió.

Judith se volvió mientras abría la puerta. Sus ojos temblorosos parecían implorar piedad.

—Johnny… si de verdad me quieres, déjame ir… No puedo estar aquí ni un minuto más, compréndelo… Tengo miedo, mucho miedo, mucho miedo… Johnny, si me quieres has de dejarme marchar.

—Tú no te mueves de aquí.

Judith abrió más la puerta sin darse cuenta de que se desencajaban las facciones de Johnny.

—¡He dicho que te quedes aquí!

Ella fue a salir mientras el hombre sacaba el revólver. Hasta el dueño del local lanzó un grito al darse cuenta de que Johnny había perdido la razón, de que iba a matarla.

—¡Señor Widmark! —gritó el mejicano.

Johnny, ciego de furor, disparó una sola vez y la muchacha cayó atravesada en el umbral.

Luego, con una calma espantosa, con un silencio casi solemne, Johnny guardó el revólver.

Parecía haberse serenado por completo después del disparo, como si la pólvora hubiese sido igual que la morfina para sus nervios.

Extrajo un cigarro lentamente y se dispuso a encenderlo. Buscó fósforos en el bolsillo de su chaleco.

—No te preocupes —dijo Lorna con voz extraña—. Yo te daré fuego.

Johnny se volvió hacia ella, enarbolando el cigarro entre los labios. Una expresión divertida asomaba a sus ojos.

—¿Tú vas a darme fuego? Claro que sí, nena…

De pronto, vio los ojos claros de la mujer. Vio la extraña nube que parecía pasar por ellos.

La sonrisa en los labios de Johnny se fue quedando rígida.

—¿Quién eres? —murmuró.

—Trabajo aquí.

—¿Cómo te llamas?

—Lorna.

—Eres muy bonita…

—Sí, ¿verdad?

Lorna estaba junto al cadáver del vaquero, manchándose casi los pies con su sangre. Sólo inclinándose podía recoger el revólver que el muerto aún sostenía en su mano engarfiada.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Johnny.

Su mirada recorría lentamente el cuerpo de la mujer, sus líneas suaves de gata.

—Veinte.

—¡No cumplirás más! —aulló de pronto—. ¡No cumplirás ninguno más!

Se había dado cuenta de que la mirada que había en los ojos de la mujer era tan glacial como la propia muerte. Fue a sacar el revólver nuevamente, pero ella se dejó caer de rodillas, con una agilidad felina, y engarfió el «Colt» del muerto antes de que Johnny pudiera sacar el suyo.

—Quieto —ordenó.

La precisión de sus movimientos, la seguridad con que empuñaba el «Colt», indicaban que era una mujer acostumbrada a apretar el gatillo, acostumbrada tal vez a ver palidecer a los hombres ante su punto de mira.

Johnny farfulló.

—Bueno, esto será una broma…

—¿Por qué no? La vida y la muerte sólo son una broma, amigo mío.

—No irá a disparar.

—A sangre fría, no. Pienso darte una oportunidad, cerdo.

Se puso en pie lentamente, sin dejar de apuntarle un solo segundo. El dueño del local se acercó temblorosamente.

—Lorna, Lornita, nena… Tú no vas a hacer eso, ¿eh? El señor Johnny tiene muchas influencias en la ciudad. Podría hundirte a ti y hundirme a mí. Sé comprensiva, preciosa.

—Nunca había oído decir que un muerto tuviera influencias —declaró secamente Lorna—. Y apártese de mí, gusano, o también a usted voy a matarlo como a un perro rabioso. Hasta su aliento huele a podrido. ¡Fuera de aquí!

El mejicano fue a mover una silla para hacer la misma maniobra que antes. Pero esta vez no le sirvió.

Lorna, con una frialdad pasmosa, disparó primero contra el revólver de Johnny, atravesándolo de parte a parte, produciéndole

en la cadera del hombre una violenta crispación. Luego, ya completamente tranquila por aquel lado, se volvió hacia el dueño de El Paraíso, y le sonrió finamente, mientras sus ojos se hacían más helados.

—Lo siento —dijo—. Me molestas.

Y disparó tranquilamente contra el mejicano, convirtiéndolo en un colador sangrante. Cinco balas atravesaron su pecho y abdomen, mientras la víctima aullaba de dolor antes de morir, y Johnny, desde lo alto de la escalera, se estremecía ante cada nuevo impacto.

Lorna se volvió.

—Aún me queda una bala.

—Pero tú no puedes tirar farfulló Johnny. —Sería un asesinato… Estoy desarmado…

—También estaba desarmado ése. También están desarmados los asesinos cuando los van a ajusticiar, y yo no hago más que sustituir al verdugo. Pero no temas, no voy a matarte como a él. Te he dicho que te daría una oportunidad y voy a dártela. ¡Vamos! ¿Alguien tiene un revólver para que este asesino lo sujete entre los dientes?

El acompañante del vaquero muerto sacó de su funda un «Colt» con dos dedos temblorosos.

—¿Sirve éste?

—¿Está cargado?

—Con… seis balas.

—Arrójaselo por el aire. Y vete con cuidado al empuñarlo, porque en cuanto lo tengas entre los dedos yo dispararé, honorable señor Widmark.

El vaquero lo lanzó.

Johnny intentó alcanzarlo al vuelo, pero el arma resbaló de entre sus dedos y rodó por los peldaños. El hombre lanzó una maldición, pero inmediatamente comprendió que aquello podía ser su suerte. Lorna sólo tenía una bala, y si se ponía nerviosa y la malgastaba ya nada la libraría de morir. Su recurso consistía en ser rápido.

Se lanzó peldaños abajo en busca del revólver, haciendo movimiento de zigzag con el cuerpo para que ella no le alcanzase si disparaba su única bala. Cayó, de rodillas y sujetó el «Colt» lanzando un grito de triunfo. Pero su boca quedó crispada al ver la expresión de la mujer.

Ella no había disparado.

Sonreía.

Por sus hermosos ojos claros no pasaba ahora ninguna nube.

—Lo siento, Johnny —dijo—. Eras un chico guapo.

Disparó una sola vez y la bala penetró entre los asombrados ojos de Johnny, abriéndole en dos mitades la cabeza.

Luego la mujer escupió al suelo y dejo caer el revólver.

—Siento no tener dinero para pagarles el entierro —dijo—. Lo haría a gusto.

El vaquero que antes lanzara el «Colt» a Johnny, temblaba como un poseído.

—¿Qué va usted a hacer? El *sheriff* de Columbus la perseguirá. Lo mismo Johnny que el dueño de este tugurio eran personas importantes. Si no huye se expone a ser colgada.

Una de las chicas del *saloon*, que había seguido la escena con expresión impasible, murmuró:

—No te preocupes, Lorna. Yo no te conozco apenas, pero creo que no mereces terminar en la horca. Te diré lo que vamos a hacer. Tú huirás y las chicas incendiaremos el local. Mañana habremos encontrado trabajo en cualquier otro sitio. Ninguna de nosotras hablará y las huellas quedarán borradas.

Otra chica señaló con el mentón al vaquero.

—¿Y ése?

—¡Yo no hablaré! —gritó el compañero del muerto—. ¡No! ¡Nooo! Todo el mundo me conoce. En la manada me llaman «Silencios» Jimmy. ¡Además mañana salgo de Columbus! Mañana nos largamos a Tejas.

Tomó el sombrero apresuradamente y salió de estampida antes de que le descerrajasen una bala. Un par de muchachas lanzaron una carcajada.

—Ése no habla al menos en seis meses. Anda, Lorna, vete.

A Lorna no parecía haberle impresionado lo más mínimo aquella situación. Se encogió de hombros.

—De acuerdo. Buen brasero.

Y, poniéndose sencillamente una capa sobre su atrevido vestido, salió del local.

Un cuarto de hora después, éste ardía con sus cadáveres dentro.

CAPÍTULO XII

La mujer que galopaba en dirección al Este, como si quisiera llegar al río Missouri, iba vestida aún con sus ropas excitantes y finas, propias de una cortesana, y llevaba sobre los hombros una capa. Esa capa flotaba al viento, mientras ella galopaba por la llanura a toda la velocidad que su caballo era capaz de alcanzar.

La noche la protegía.

Ya había quedado muy atrás la hoguera de aquel *saloon* de dudosa fama, de aquel rincón donde obtuvo refugio sólo por unos breves días.

Ahora una nueva vida empezaba, pero ¿hacia dónde iba a ir? ¿Dónde estaba su destino?

De pronto una bala rasgó el aire.

Pasó alta, sin alcanzarla, y fue a perderse en la oscuridad de la llanura.

No hubo peligro en aquel disparo, pero lo habría en el siguiente. Eso significaba que alguien la seguía y que estaba dispuesto a acabar con ella.

La muchacha trató de hacer más veloz su galope, pero el caballo le obedecía sólo relativamente, porque ella no llevaba espuelas. Además, estaba ya fatigado y era dudoso que pudiera acelerar su carrera.

El disparo se repitió.

Esta vez la bala pasó por detrás de ella, quedando también larga. No podía decirse que su enemigo, fuera quien fuese, tuviese una puntería demasiado buena. Pero era completamente seguro que terminaría acribillándola si ella no conseguía ocultarse en alguna parte.

Vio entonces aquella choza, que estaba apenas a unas trescientas

yardas, y que se insinuaba apenas en la penumbra que envolvía el paisaje.

Era una choza construida como tantas otras para servir de refugio a los vaqueros que se vieran sorprendidos por una tormenta, mientras arreaban ganado. Le podría servir para ocultarse y para estar protegida. Desde allí, con su revólver, haría frente a cualquiera que viniese a buscarla.

Se apeó e hizo entrar también al caballo por la estrecha puerta, para ocultarlo como se ocultaba ella.

Una vez en el interior, suspiró aliviada. No se oía nada en torno suyo. Su perseguidor, fuera quien fuese, debía haber perdido su pista.

De pronto aquella voz la estremeció, la hizo temblar hasta los mismos huesos.

—Lorna…

Ella se volvió, mientras ahogaba un gemido.

Quedó como petrificada al ver la figura que la contemplaba desde las sombras de la choza. Sus labios se separaron para modular, apenas con un soplo de voz:

—Robert…

Robert Barness avanzó lentamente los pocos pasos que le separaban de la muchacha.

Con voz suave, tras mirarla intensamente durante unos segundos de dramático silencio, murmuró:

—Siento haberte asustado con aquellos disparos. Ya habrás notado que no iba a por ti.

—¿De modo que eras… tú?

—Quería que te decidieras a venir precisamente a esta cabaña. Sabía que yo iba a llegar antes.

—Pero, Robert… ¿cómo es posible?

—Leí lo del incendio en el penal de Fullerton. E imaginé inmediatamente que si la mitad de las reclusas se habían escapado tú tenías que estar entre ellas.

—En efecto, logré escapar. Fue una oportunidad de esas que sólo se presentan una vez en la vida. Pero Nebraska es muy grande. ¿Cómo pudiste tener idea del lugar hacia dónde yo podía dirigirme?

Parecía abatida, rendida por el cansancio. Se sentó en el único y rústico banco de madera que había dentro de la choza.

—No era difícil imaginarlo.

—¿No era difícil? ¿Por qué?

—Tú me dijiste, cuando te fui a visitar, que habías hecho amistad con buen número de profesionales del amor. Los lugares donde éstas actúan suelen ser de lo más discreto y clandestino. Sitios ideales para que se oculte una mujer. Yo supuse enseguida que alguna de tus nuevas amigas te habría proporcionado refugio en uno de ellos.

—Cierto, así fue.

—En dos días he recorrido muchísimas millas —murmuró Barness. No te ocultaré que estoy rendido… Ya te dije hace poco que a mí me conocías mal. Que yo no era un buen chico, sino una especie de asesino profesional, un fulano poco recomendable. A pesar de que un federal no debe tener deslices en cuestión de mujeres, conoce todos los lugares donde éstas pueden ser halladas. Y no me fue difícil llegar a la conclusión de que podías estar cerca de Columbus.

—¿Sabes lo que ha ocurrido allí?

—Llegué casi justamente cuando el incendio se iniciaba. Pude ayudar a retirar un par de cadáveres. Uno de ellos era el de un tipo cuya descripción detallada me habían hecho poco antes. Se trataba de un rufián llamado Johnny Widmark.

—Johnny Widmark.

—¿Lo has matado tú?

Ella afirmó con un leve movimiento de cabeza, sin despegar los labios.

—Eres una mujer peligrosa, Lorna.

—Soy una maldita zorra. Todos lo sabéis.

—Pues en esta ocasión has hecho un gran servicio a la justicia. Ese tal Widmark, de todos modos, hubiese tenido que morir.

—Hasta las lobas servimos a veces de algo —dijo Lorna en voz muy baja.

—¿Por qué hablas como si quisieras destruirte a ti misma?

—¿Yo? Yo no he dicho nada, Robert.

—Te calificas de zorra, de loba… ¿Es eso justo?

—Digo sólo lo que soy.

Él la miraba penetrantemente, con una especie de secreto dolor en sus ojos.

—¿Por qué has querido mostrarte siempre como peor de lo que eres, Lorna?

—¿Yo?

—Sí, tú. Te has vestido como una golfa sin serlo. Has querido entender de bebidas cuando en realidad no entendías nada. ¿Sabes qué preparas unos combinados detestables? Has sido la oveja negra de la familia sin ninguna necesidad. ¿Por qué?

—Yo soy lo que soy. No he tratado de engañar a nadie.

—Por el contrario, has tratado de engañar a todo el mundo.

—¿Qué tontería estás diciendo, Robert? ¿Con qué objeto había de hacer eso?

—Tu padre no te quiere, ¿verdad?

Ella parpadeó un momento. Sus labios temblaron levemente.

—¿Quién ha dicho eso?

—No lo ha dicho nadie, es algo que se nota.

—¿Y por qué no había de quererme?

—Después de casarme con tu hermana Linda sé lo bastante de vuestra familia para poder darte una respuesta, Lorna. Cuando Linda, la hermana mayor, nació, todo fue alegría en la casa. Todo el mundo estaba de fiesta. Tu padre quería un varón, pero una niña también le pareció de perlas. Sin embargo, cuando dieciocho meses más tarde naciste tú, las cosas habían cambiado.

—No hables de eso —murmuró ella—. Son cosas de familia que nadie conoce bien.

—Yo sí que las conozco, Lorna. Cuando tú naciste, ocurrieron dos cosas; tu padre se indignó por el hecho de que otra vez fuera una niña, y además, en el parto murió tu madre. Él se encontró entonces con la imposibilidad de tener un heredero varón, a menos que se casará de nuevo, cosa que no entraba en sus cálculos porque siempre estuvo sinceramente enamorado de la que fue su esposa. De una forma instintiva sin querer proponérselo, te odió. En cambio, el entusiasmo que había sentido por Linda, su primera hija, permaneció intacto. Posiblemente nunca te dijo nada acerca de sus sentimientos, porque es muy probable que ni él mismo se diera cuenta. Pero tú lo notabas; lo notabas en tu carne y en el dolor de cada día. Los niños son muy sensibles a esas cosas.

Lorna no respondió.

Tenía la cabeza hundida sobre el pecho, mientras por sus ojos

parecía desfilar como en una nube gris, toda la tristeza de su vida pasada.

—Es extraño —murmuró Barness—. Tú, una chica rica que aparentemente lo tenía todo, eras más desdichada que la hija de un vaquero. Quizá por eso te mostraste retraída, tímida… hasta que aparecí yo.

Ella alzó los ojos.

—¿Hasta qué apareciste tú…? —preguntó.

—Yo había conocido primero a Linda. No te conocía a ti cuando le pedí a ella que nos casáramos. Pero tú sabes bien, porque las mujeres lo notáis, la fuerte impresión que sentí al verte por primera vez.

Lorna tampoco contestó ahora.

Desvió la mirada.

Barness continuó con voz lenta, mientras se apoyaba en una de las paredes de la choza.

—Existía el peligro de que me enamorara de ti, ¿verdad? Tú lo sabías.

Lorna dijo bruscamente:

—Estás divagando.

Pero su voz fue demasiado vehemente para ser sincera.

—No… Tú sabes que no divago. Existía ese peligro, y tú te propusiste aparecer ante mis ojos como una mujer aborrecible. Lo conseguiste, no me cabe duda. Tus gestos provocativos, tus vestidos audaces, eran el mejor antídoto para un hombre como yo, que aprecia la virtud en una muchacha y que hubiera aceptado tal vez el amor, pero no una aventura. Fue eso lo que te propusiste, Lorna… En fin, te saliste con la tuya. Yo ya estoy casado con Linda.

—Ella es mejor que yo —susurró la muchacha—. Cien veces mejor que yo.

—No lo discuto.

¿Qué vas a hacer ahora conmigo?

—¿Por qué lo preguntas?

—Tú eres un federal, ¿no? Has dado con una fugitiva del penal de Fullerton. Tu obligación es entregarme.

—No lo haré.

¿Te das cuenta de que con eso faltas a tu deber?

—Mi deber, por el momento, era capturar o matar a un hombre

llamado Johnny Widmark. Tú lo has hecho por mí y me has ahorrado trabajo. Lo menos que puedo hacer es fingir que no te he visto.

—¿Y adónde voy a ir ahora?

—¿Adónde pensabas ir?

—Pues… no lo sé.

—Volverás a Omaha.

Ella alzó bruscamente la cabeza.

—Estás loco, Robert.

—Ya te he dicho que quiero pedir la revisión de tu proceso. Esta vez me ayudarás, aunque no te guste. Vamos a afrontar las cosas cara a cara. Vamos a decirnos las verdades los unos a los otros.

Ella no contestó tampoco. Tenía las manos entrelazadas y movía los dedos nerviosamente.

De sus labios partían como unas leves notas musicales, como las estrofas casi inaudibles de una cancioncilla.

—Es extraño —dijo Barness.

—¿Qué te parece extraño?

—Dos hermanas tan distintas como Linda y tú y, sin embargo, os parecéis. No podéis negar que lleváis la misma sangre. Cuando tú te pones nerviosa, tarareas una canción sin darte cuenta. Cuando a ella le sucede lo mismo, marca el compás con el tacón. Ninguna de las dos lo advertís, seguramente. Y el ritmo de la canción es el mismo.

Lorna se sorprendió. No, realmente ella no se había dado cuenta de aquello, pero era verdad. Pareció repasar mentalmente las estrofas que había tarareado apenas a media voz. Luego reconoció:

—Sí, la canción es la misma. La aprendimos de un ama de cría que tuvimos las dos. ¡Pero de eso hace tanto tiempo…!

Barness olvidó aquello. Dijo con voz firme:

—Definitivamente, vas a venir conmigo a Omaha.

—Tú estás loco.

—No quiero dejarte huir de ese modo. Acabarían matándote, o tal vez te sucedería algo peor.

—Pero una vez en Omaha me volverán a capturar…

—Justamente. Y pediré la revisión de tu proceso.

—Con ello solo conseguirás que me condenen a muerte.

—¿Por qué?

—Por lo de Johnny Widmark.

—Al contrario, eso te favorecerá. Johnny Widmark era un reclamado. El que tú hayas acabado con él, hará que te miren con simpatía.

Ella se puso en pie, caminando lentamente hacia la puerta.

Parecía no pensar en nada. Diríase que se movía maquinalmente, sin ningún fin concreto.

Pero de pronto, cuando estuvo en la puerta, saltó. Trató de llegar hasta el caballo de Barness, que estaba apenas a unos pocos pasos de distancia.

Llegó casi a montar en él. Su hermoso y provocativo vestido se desgarró por dos sitios. Tenía unas piernas diabólicas, unas piernas como Barness no recordaba haber visto otras en su vida. Tendió el brazo y logró sujetarla por la falda.

Eso terminó de provocar el desastre, porque la rompió en parte, además de los desgarrones que antes ya se había causado. Lorna gimió. Parecía asustarle el clima de pasión que de repente les había envuelto, la oscuridad y el silencio que les ocultaban a los dos.

Lorna cayó del caballo, pero no llegó a tierra. De pronto se encontró sujeta por los brazos de Barness.

Era bien cierto que éste sólo trataba de inmovilizarla, de impedir que huyese. Una nueva fuga de Lorna hubiera sido lo peor en aquellas circunstancias, Pero el cuerpo palpitante de la mujer parecía quemar en sus brazos. Su cuerpo, joven, elástico, duro, dotado de una agilidad felina, pugnó por huir de aquella especie de cárcel en que se encontraba preso.

—¡Suéltame! ¡Suéltame, bastardo!

—No trates de huir. Sería una estupidez.

Aporreó con sus puños el pecho del hombre. Lo aporreó con todas sus fuerzas, con una especie de desesperación. Sus ojos desorbitados miraban al hombre que estaba tan cerca, tan peligrosamente cerca. A pesar de los golpes, Barness no se movió.

Ella dejó de golpearle.

Una especie de fatalismo parecía haberse apoderado de sus músculos, de sus pensamientos.

Estuvieron quietos así, uno en brazos del otro, durante un tiempo que les pareció interminable, sin decirse una palabra, sólo mirándose a los ojos.

Y de pronto, sucedió. Fue sin que su voluntad interviniera, sin que se dieran cuenta de nada. Sus labios se unieron brutalmente. Sus rostros chocaron, se buscaron como si durante todo aquel tiempo les hubiera estado dominando un ansia secreta.

No supieron cuánto había durado aquel beso, cuánto tiempo estuvieron unidos.

Los dos se separaron casi a la vez. Les faltaba la respiración. Sus ojos extraviados se buscaron como si ninguno de los dos creyera lo que acababa de suceder.

Barness susurró:

—Ha sido una maldita locura…

—Perdona, Robert. Yo he tenido la culpa.

Se distanciaron. Ella se arregló un poco el desorden del vestido, respirando entrecortadamente aún.

—No comprendo cómo ha podido suceder —musitó—. Soy una miserable.

Robert movió un poco las manos en un gesto de silenciosa impotencia.

—La culpa ha sido mía. Tú no hacías nada.

Es igual. De un modo u otro, no volverá a suceder. ¿Adónde vas a llevarme?

¿No tratarás de huir otra vez?

—No. ¿Para qué? Lo mismo me importa ya todo lo que me ocurra me es indiferente.

—Iremos a Omaha —murmuró Barness—. La capital no está tan lejos, después de todo. Y ojalá tenga fuerzas para no mirarte en todo el camino, Lorna. Para no mirarte ni una sola vez.

CAPÍTULO XIII

Emprendieron el camino aquella misma noche, sin entretenerse. Iban silenciosos en sus caballos, uno junto al otro, pero evitando mirarse. A pesar de que marchaban uno tan cerca del otro, parecía como si no se hubieran visto nunca. La mirada de Lorna, sobre todo —una mirada triste y errabunda—, estaba perdida en el horizonte.

A la mañana siguiente, cuando llegaron a la población de Bend, el joven dijo a Lorna que aguardase en las afueras, en un lugar resguardado entre los árboles, y Barness entró sólo en la calle principal. Quería comprar para Lorna unas prendas vaqueras que le fuesen bien. La tentadora joven no podía entrar en Omaha luciendo al desnudo unas formas que eran capaces de provocar una revolución en la ciudad.

En el General Store tenían todo lo que él necesitaba. Dijo que se trataba de un vaquero joven y de dimensiones más bien algo reducidas.

—Claro que es ancho de pecho —murmuró—. Y de caderas.

—Amigo —le advirtió el vendedor—, las medidas que usted dice son más bien propias de una mujer. ¿Y dice que ese vaquero es amigo suyo? ¡Pobre muchacho!

—¿Por qué?

—Porque parecerá una señorita.

—Ya cambiará dijo Barness. —Es aún demasiado joven. Bueno, deme eso y en paz.

—¿También quiere botas?

—También. Número… A ver… El treinta y cinco.

—¡Pues vaya piececitos que tiene! ¡De chica!

Barness casi salió sonrojado del almacén. Nunca se había encontrado en una situación semejante. Regresó con las prendas al

lugar donde le aguardaba Lorna.

En el primer instante no la vio y temió que, faltando a su promesa, la muchacha hubiera tratado de huir.

Pero, no. Lorna estaba allí. Para adelantar trabajo, se estaba ya quitando las medias.

Barness cerró un momento los ojos.

Una serie de pensamientos prohibidos saltaron a su mente, pero los desalojó de ella con un violento esfuerzo.

Ella se volvió de espaldas para que no la viese con tanta claridad.

—Perdona. No había notado que venías.

—Te traigo ropa.

—¿De hombre?

—Sí. Como te había dicho.

—Habrá sido para ti un compromiso pedirla, ¿eh? Mis medidas no son normales.

A Barness aún le duraba el sonrojo. Murmuró:

—Sí, bastante difícil.

—Me cambiaré. Vuélvete de espaldas.

Él se volvió. Notaba el
fru-fru
obsesionante de las ropas de Lorna al caer al suelo. Pero no quería pensar en aquello. Hizo terribles esfuerzos para evitarlo. ¡Diablos, él no quería!

—Ya estoy.

La voz pareció sacarle de una especie de sueño.

—Entonces, sígueme.

Vio que las ropas resultaban pequeñas y demasiado ceñidas a Lorna. ¿Qué diablos le había hecho pensar que ella era más baja que un hombre? Y aquellos relieves duros y poderosos, ¿no harían estallar la ropa?

—Supongo que llegaremos pronto a Omaha dijo por todo comentario, queriendo pensar en otra cosa.

Y añadió en voz muy baja, como para sí mismo:

—Si allí no hay una sublevación en cuanto te vean, es que los habitantes de la capital se han vuelto todos ciegos de repente.

Ciegos de repente… Un ciego… A Barness le asaltó el recuerdo de Bill cuando ya tenía casi delante la recta de la calle principal de

la ciudad.

Habían avanzado en línea recta en dirección sureste, cortando por el condado de Saunders y evitando así la larga curva que, por Fremont, dibuja el río Platte. No obstante, cuando llegaron a Omaha, ya brillaban en ella las primeras luces de la noche.

¿Habría llegado ya el ciego Bill?

«De todos modos —se dijo Barness—, tengo cosas más importantes en que pensar ahora».

La primera de aquellas cosas importantes era la reacción de los habitantes de la ciudad. En Omaha había, como en todas partes, tipos con las manos muy largas. ¿No tratarían de linchar a Lorna para, mientras tanto, aprovechar impunemente lo que pudieran?

Barness, por si acaso, tenía la mano derecha cerca del revólver.

Él era un federal y Lorna estaba bajo su protección. Al que se desmandase, era capaz de volarle la tapa de los sesos.

Sus ojos escrutaban todos los rincones de la calle, de un lado a otro. Sus músculos estaban tensos.

Pero tuvo suerte. Los primeros individuos que reconocieron a Lorna, se quedaron de piedra, sin atreverse a intervenir. El único que se detuvo, saliendo bruscamente de su oficina, fue el *sheriff*.

Miró a Barness, bizqueando como si no entendiera.

—Pero ¿qué es esto? ¿Se ha vuelto loco, Barness?

—Celebro encontrarle, Michael.

—¿Cómo está Lorna aquí?

—¿No se enteró del incendio del penal de Fullerton?

—Sí, desde luego, pero… —y de pronto se dio una palmada en la frente—. ¡De modo que Lorna era de las que consiguieron huir!

—Sí.

—Menos mal que usted la ha atrapado.

—No la he atrapado. Se entregó voluntariamente, arrepentida de haberse fugado.

Barness mintió para favorecerla, porque sabía que así la revisión del proceso iba a ser más fácil.

—Enciérrela, *sheriff* —pidió—. No me gusta que se arme tumulto en la población. Luego quiero hablar con el juez para examinar de nuevo este asunto.

—Está en su derecho, Barness. Tú, Lorna, ven.

La muchacha descendió del caballo sin resistirse Caminó en

línea recta hacia la oficina. Y de pronto se volvió.

Pareció como si una fuerza ajena la hubiese obligado a ello. Sus ojos se clavaron en los de Barness. Le miró fijamente.

Fue una mirada silenciosa, estéril, pero en la que, sin embargo, se dijeron tantas cosas…

No necesitaban palabras. Parecían hablar de la primera vez que se vieron los dos. De lo que sucedió cuando Lorna fue detenida. Del beso furioso que se dieron sin poderlo evitar.

—Adiós, Robert.

—Hasta…, hasta pronto, Lorna.

Ella se dio media vuelta de nuevo. Desapareció tragada por la puerta oscura de la oficina del *sheriff*.

Barness se pasó una mano por los ojos. Era curioso, pero una abrumadora sensación de fatiga le dominaba. No sentía la menor alegría por volver a su hogar.

Quieto allí, en el centro de la calle; parecía como si hubiese quedado muerto sobre la silla del caballo.

Un formidable estrépito le despidió. La diligencia llegaba con su clásico relinchar de caballos y los gritos del mayoral. Las ruedas parecían ir a saltar, las portezuelas a astillarse. Pero nunca ocurría nada. Aquellos carruajes lo resistían todo, desde las crecidas de los ríos hasta los barrancos y las tempestades de polvo.

Los viajeros empezaron a descender cuando el vehículo se detuvo. Uno de los últimos fue un hombre, medianamente vestido, que necesitó apoyarse en la portezuela para no caer. Sus ojos sin vida parecieron mirar a todas partes, mientras el resto de sus sentidos trataban de acostumbrarse a aquel ambiente nuevo. Sanders se acercó. Bill había sido puntual, haciendo lo que dijo que haría.

—Eh, Bill…

El otro reconoció enseguida la voz.

—Hola, señor Barness.

—Ha sido una casualidad el que yo estuviera aquí. Celebro poder recibirle.

—Sentiría molestarle.

—Oh, no, de ningún modo. Precisamente ahora iba a casa. ¿Quiere acompañarme?

—Con mucho gusto.

Los dos avanzaron hacia la casa del banquero Baxter, que Barness debía considerar como su hogar mientras estuviera en Omaha. Todo el mundo saludaba al federal, pero al mismo tiempo le miraban con curiosidad al verle con aquel tipo. Bill, en efecto, llevaba unas ropas demasiado anchas, que sin duda le habían regalado. Llevaba también un revólver.

—¿Para qué quiere el «Colt»? —preguntó Barnes, dándose cuenta—. ¿Qué va a hacer con el «Colt» si no ve a sus enemigos?

—Desde luego, no lo necesito —reconoció el ciego—. Pero el dueño del Hotel Nebraska se empeñó en que me lo llevara. Dijo que, al menos, así no parecería tan indefenso. Le advierto que puedo tirar con él.

—¿Cómo?

—Guiándome por el sonido que pueda producir un posible adversario.

—En Omaha no le hará falta eso —dijo Barness, riendo—. Mire, ya estamos en casa.

Le dijo «mire» sin darse cuenta de que el otro no podía ver, sin advertir que aquella palabra era absurda.

Llamó a la puerta y fue la propia Linda quien la abrió. Barness tuvo una violenta sorpresa.

—¿Tú aquí…?

—Vine a casa de papá al recibir tu carta diciéndome que aún podrías tardar unas semanas. ¡Me sentía tan sola! ¡Oh, Robert, cuánto celebro que hayas vuelto…!

Se abrazó a él y le besó. Barness quiso poner calor, quiso poner algo en aquella caricia, y le fue imposible lograrlo. Era como si besara a una mujer indiferente. Se llamó miserable, se despreció a sí mismo por eso.

Al fin los ojos de Linda se clavaron en el ciego, que estaba muy pálido, como si no se sintiera bien.

—¿Quién es este hombre?

—Un ciego a quien, sin embargo, debo la vida. Le he traído aquí porque creo que en Omaha podré ayudarle un poco. Quiero que tu padre le conozca.

—Papá está ahora en casa, precisamente. Se alegrará mucho al verte de regreso tan pronto.

Los dos pasaron a la sala contigua, olvidando por un momento a

Bill. Éste continuaba muy pálido. Oyó la voz alegre de un hombre que debía ser el banquero Baxter.

—¡Robert! ¿Tú ya por aquí? ¡Nos tenías intranquilos! ¡Hemos de hablar para que cambies de oficio, muchacho!

—No es fácil. Mi profesión me gusta.

—Pero tienes a tu mujer muy abandonada.

Linda murmuró:

—No insistas en eso, papá… Ya sabes que con Robert no conseguirás nada.

—Yo en una cosa así insistiré siempre. Valdría la pena que dejara de vivir del «Colt».

—¡Bah! Deja esa conversación. No me pongas nerviosa.

Pero Linda lo estaba ya. La repentina llegada de Barness le había ilusionado y desasosegado al mismo tiempo. Por unos momentos no supo qué hacer, porque le hubiera gustado estar a solas con él y no en compañía de su padre.

En la puerta taconeó impaciente. Pensó en preparar unas bebidas. Fue a cruzar por el vestíbulo.

Y de pronto vio aquella cara.

Aquellos ojos muertos. Aquella tez intensamente pálida. Aquellos labios que temblaban en una mueca imposible de describir, en una mueca que era a la vez de pena y de furia…

—Me ha parecido reconocer su voz —farfulló Bill—. Sí, estoy seguro… Es la misma que oí aquella noche en el hotel de Norfolk… Y ese taconeo… El taconeo que marca el ritmo de una cancioncilla… ¡Fue usted! ¡Fue usted, maldita!

Había sacado el «Colt». Éste temblaba entre sus dedos.

Linda gimió entrecortadamente:

—¡Noo…! ¡No tire! ¡Nooo…!

No se dio cuenta de que así se condenaba a sí misma.

El ciego sólo podía localizarla por la voz. Estándose callada, no hubiera conseguido hacerle el menor daño. Pero así él la localizó como si la estuviera viendo. Y apretó el gatillo dos veces.

Se oyó un grito. Un estertor.

Barness y Baxter, que habían aparecido en la puerta de la sala, quedaron unos instantes tan asombrados, tan petrificados por el asombro, que no acertaron a reaccionar. Su único y primer impulso fue lanzarse sobre Linda y ver si podían hacer algo por ella.

Los ojos de Barness se desorbitaron. Dijo con un helado soplo de voz:

—Está muerta…

Las dos balas, en efecto, le habían atravesado el pecho. Habían sido increíblemente certeras, para ser disparadas por un ciego. Éste había abierto ya las puertas de la calle. Salía por ella. Aún llevaba el «Colt» en la mano derecha.

Baxter corrió tras él. Parecía enloquecido. No pudo disparar porque un banquero como él nunca lleva armas, pero desde el porche señaló frenéticamente a Bill, que caminaba por el centro de la calle, como un borracho.

—¡Ha matado a mi hija! ¡Ese maldito y puerco asesino! ¡La ha matado ante mis propios ojos! ¡Acaben con él! ¡Mátenlo como a un perro rabioso!

El *sheriff* se dirigía en aquel momento a su casa. Avanzaba por el centro de la calle. Se dirigía en línea recta hacia Bill, que no podía verle.

Michael no necesitó oír las voces de Baxter para darse cuenta de lo que sucedía. El hecho de que aquel tipo avanzara con un revólver entre las manos, era ya de por sí bastante significativo. Con voz ronca gritó:

—¡Detente! ¡Suelta ese «Colt» o disparo!

El ciego oyó la voz. Alzó el revólver. Lo giró hacia el sitio donde el *sheriff* acababa de gritar.

Su gesto fue rápido, temible. Dio la sensación de que iba a disparar.

Michael no lo dudó. Tiró a través de la funda. Apretó seis veces el gatillo, como un frenético. Seis botones rojos se marcaron en la camisa de Bill.

Éste giró sobre sí mismo.

Sus rodillas se doblaron.

Cayó lentamente.

El *sheriff* corrió hacia él, poseído por una especie de furia, pensando que aún podía estar vivo. Lo primero que hizo fue arrebatar el revólver que el otro había soltado. Lo tomó entre sus dedos y entonces lo miró extrañado.

No lo comprendía.

Aquel revólver pesaba muy poco.

Mientras tanto, a poca distancia de allí, Barness sentía una especie de vértigo.

No se atrevía a mirar el cadáver de Linda. No quería mirar tampoco el de Bill, porque aquel cuerpo sin vida le decía demasiadas cosas…

Le sorprendió oír su propia voz. Casi no se dio cuenta de que hablaba a Baxter.

—¿Cuándo perdió usted un cuarto de millón?

El otro palideció intensamente. Sus facciones llegaron incluso a desencajarse por un momento.

—¿Un cuarto de millón? —balbució.

—No me engañe ahora, Baxter. Demasiadas cosas terribles han ocurrido en unos minutos para que andemos con equívocos. ¿Usted fue a Norfolk alguna vez?

—Pues…, sí.

—¿Conoció a un tipo llamado Malcom?

—De…, desde luego.

—¿Llegó a jugar con él?

—Sí.

—Usted es un banquero. No podía hacer partiditas de aficionado, Jugaba fuerte, ¿no? Y Malcom y sus «puntos» le amarraron a modo.

Baxter estaba terriblemente pálido. Gruesas gotas de sudor resbalaban por su cara. Babeaba de angustia.

—Sí… Jugamos fuerte. Y… perdí un cuarto de millón. Desde luego, no tenía en mano ese dinero.

—Pero firmó un pagaré.

—Sí.

—Necesitaba sacar el dinero de donde fuese, para que no se conociera el escándalo de que el banquero más importante de Omaha era un jugador. Pensó obtenerlo manejando fondos de sus clientes, fondos que no eran suyos, ¿verdad? Eso podía significar su hundimiento, si alguien llegaba a notarlo. Jamás tuvo tanto miedo, ¿verdad? ¿Habló de eso a su hija?

Baxter se ahogaba. Apenas pudo balbucir:

—En efecto, hablé de eso con…, con Linda.

—Porque sólo en ella tenía confianza, ¿verdad? La otra como si no existiera. Y Linda, que le quería locamente, se propuso salvarle.

Fue a Norfolk, se ganó la confianza de Malcom… Lo demás fue sencillo. Matarle, obtener el pagaré y quemarle. ¿Usted lo consintió?

—No lo supe hasta que… estuvo hecho. Es decir, ella ni siquiera me lo confesó. Yo había de imaginarlo. Era como un secreto entre los dos, del que no hablábamos nunca.

—Pero ¿no pensó que Lorna podía haberlo imaginado también?

—No…, no se me ocurrió.

—¿No se dio cuenta de que ella podía decidir sacrificarse por su hermana y por usted? ¿De que, al darse cuenta de que las investigaciones apuntaban hacia aquí, dejó una pista falsa que la acusaba a ella? ¿Eso no lo pensó?

Baxter estuvo a punto de caer. La angustia le dominaba, le ahogaba materialmente.

En su propio pecado llevaba su castigo. Lo de ver muerta a la única hija que amó, era lo peor que podía ocurrirle.

—Me di cuenta cuando vinieron a detenerla, pero…, pero fingí.

—¿Para salvarse usted y salvar a Linda?

—Ssss…, sí.

—Me da usted pena, Baxter —dijo el joven lentamente, sintiendo también que la amargura le corroía por dentro—. Me da usted pena con su dinero, con su Banco, con su fama de hombre importante, con todo… Que Dios se apiade de todos nosotros, porque aquí sólo hubo una persona que de verdad no pecó.

Descendió del porche. Parecía hundido por el peso de sus propios pensamientos, Sus pasos vacilantes le llevaron hasta el centro de la calle.

Baxter aulló:

—¡Robert! ¡No te vayas! ¡Te necesito! ¡Necesito a alguien junto a mí! ¡No te vayas!

—Volveré para velar a mi esposa —dijo con voz lenta—. Ella, al fin y al cabo, sólo quiso ayudarle.

—Pero ¿adónde vas? Ésta es tu casa.

—No, ya no lo será nunca.

—¡Vuelve! ¿Adónde vas?

—A ver a la única persona que no pecó —dijo el joven tristemente—. Y a hablar con el juez y con el *sheriff* Y sobre todo con ella…

Pasó junto al cadáver de Bill sin mirarlo. Los ojos del ciego habían cambiado. Ahora estaban clavados en el cielo…

FIN